

Ralph Barby

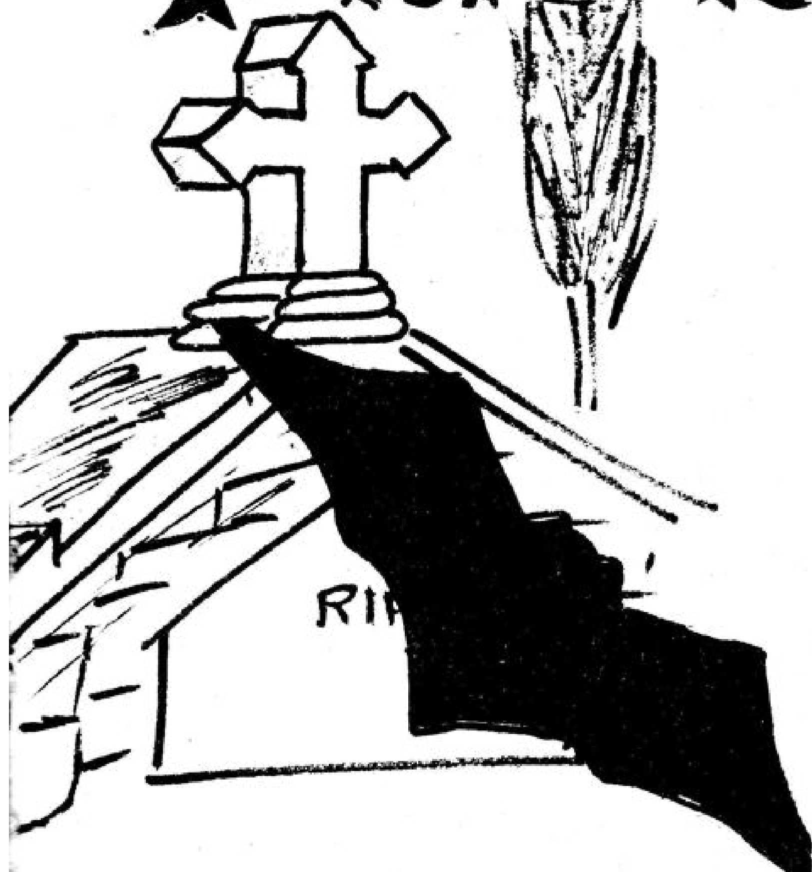
26

NECROMANCIA

TERROR

escalofríos de

TERROR



Si desea suscribirse a nuestras publicaciones, envíenos sus datos personales escritos muy claramente.

Importe 6 números OESTE: 540 Pts
Importe 6 números TERROR: 600 Pts

Pagos anticipados con giro postal a nombre de Ediciones Olimpic S.L., Apartado Correos nº 9428, 08080 Barcelona. (No cobramos gastos de envío dentro del territorio nacional)

Colección que desea recibir: ______________________________

Nombre: ______________________________

Domicilio: ______________________________

Población: ______________________________

Provincia: ______________________ D.P. __________

(Si desea recibir números anteriores, hágalo constar).

RALPH BARBY

NECROMANCIA

colección
Escalofríos TERROR nº 26



EDICIONES OLIMPIC S.L.
Apdº Correos nº 9428
08080 Barcelona

I.S.B.N.: 84-7750-072-X
Depósito legal: M-39532-1988

1ª edición diciembre 88
1ª edición en América junio 89

Imprime LITOPRINT-GIESA

Distribuye M.I.D.E.S.A.

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando las primeras gotas de aguanieve comenzaron a caer sobre el cristal parabrisas del automóvil, hacía algo más de dos horas que había oscurecido.

Puso en marcha los limpiaparabrisas. Leila no conducía deprisa; sin embargo, aflojó ligeramente la marcha por temor a que el coche diera algún patinazo. Sabía que el dibujo de las ruedas no estaba en su estado óptimo, tenía que cambiarlas y nunca encontraba el momento idóneo para ese cambio, quizás porque pensaba en lo que le iban a costar.

Un par de kilómetros más y llegaría a la residencia de los Hollister.

Era la primera vez que acudía a aquella casa, pero su amiga Miriam le había indicado bien el lugar y no había pérdida.

La casa se ubicaba en una urbanización de clase media alta, casas bonitas y confortables, separadas unas de otras por el suficiente jardín para que los vecinos no se molestaran entre sí.

Se había enfadado con Jerry, pensaba que el chico era un estúpido y que estaba demasiado enmadrado. Tampoco se sentía satisfecha de sí misma. Sus peticiones para entrar en las universidades de Harvard y Trenton habían sido rechazadas apoyándose en que pedía una beca de ayuda parcial, pero parecía que las notas de su graduación pre-universitaria no habían sido suficientemente altas.

“No iré a una universidad sin prestigio”, se había dicho. Por lo tanto, su solución estaba en reunir el dinero suficiente para pagarse la matrícula en una universidad importante. Ganar dinero, esa era la idea fija, la meta principal de Leila.

—¿Hacer de canguro? Por eso se paga poco —había replicado.

Miriam sonrió.

—Los Hollister no pagan mal, son muy exigentes, no quieren una canguro cualquiera. Además, lo que vas a hacer es una suplencia, ganas unos dólares y sigues buscando empleos cortos.

Estaba aprendiendo que ganar dinero honradamente era más difícil de lo que había supuesto. Las camareras en las hamburgueserías o “snacks” de carretera ganaban solo para mantenerse con vida e ir una vez al mes a la peluquería.

Salió de la carretera para adentrarse en la urbanización.

La señalización de calles y numeraciones era muy buena, por lo que pese al mal tiempo no tuvo ningún problema para encontrar la casa de los Hollister.

Estacionó el coche adentrándose en la propiedad que por su parte frontal no tenía vallas. Unos espesos setos separaban las casas entre sí.

La casa era tan bonita como le contara Miriam, una casa que cualquiera desearía para vivir pero que solo estaba al alcance de los que obtenían buenas ganancias anuales.

Dejó el coche y protegida por la gabardina, dio una carrerita por el camino de piedra que cruzaba el amplio prado de unos trescientos metros cuadrados que separaba la fachada de la casa de la acera de la calle. Llegó al coquetón atrio y llamó al timbre.

Cuando se abrió la puerta, quedó ante una mujer de unos cuarenta años que aún podía calificarse de hermosa, una mujer que debía saberse cuidar. Era elegante y tenía un gesto dominante en sus labios algo finos.

—Hola. ¿Eres Leila?

—Sí, me envía Miriam —asintió.

—Pasa, pasa y quítate esa gabardina que debe estar mojada.

Comprendió inmediatamente que aquella casa debía estar siempre impecable, sin una mota de polvo. La señora Hollister debía ser muy exigente con la mujer que pasaba a limpiarla diariamente.

El salón era amplio, confortable.

—¿Te ha explicado Miriam...?

—Sí, señora Hollister. Miriam me ha dicho que Dennis es algo nervioso en sus sueños y que suele despertarse.

—Exacto, y si se siente solo tiene miedo, pero es un niño precioso. Es mejor que te conozca antes de que se duerma.

Dennis estaba en la amplísima cocina. Era un niño de abundantes cabellos rubios y rizados y ojos grandes de color azul claro. Al ver a Leila sonrió. La muchacha contuvo un suspiro; caer bien al crío era fundamental.

—Dennis —le dijo la señora Hollister a su hijo de apenas tres años de edad—, ella es Leila y te cuidará toda la noche. Si te despiertas y quieres agua o hacer pipí, díselo.

—Leila —dijo el niño, sonriendo.

—Eres muy guapo.

Leila le dio un par de besos en las mejillas, pero al levantar la cara, vio que la señora Hollister hacía un gesto de disgusto.

—Leila, prefiero que no le beses. Sí, sé que estás sana, lo sé —dijo, como temiendo herir la sensibilidad de la chica—, pero hoy día nunca se sabe qué enfermedades se pueden transmitir. El sida, ya sabes...

—Señora, que yo no tengo el sida.

—No, claro que no, pero creí que Miriam te había explicado que exijo las mayores medidas higiénicas. Cada vez que vayas a tocar al niño, te lavarás antes las manos.

—Si nos ponemos así... —comenzó Leila en tono de queja.

—No pido tanto y yo pago más que otras madres por el cuidado de sus hijos. Por pasar la noche aquí cobrarás el doble de lo que te pagarían en otra casa, supongo que Miriam te lo habrá comentado.

Leila hubiera deseado mandar al cuerno a aquella mujer todavía

hermosa, tan segura de sí misma como exigente, pero no podía defraudar a Miriam y por otra parte, la noche estaba resultando infernal.

—No tema, señora, no infectaré a su niño. ¿Verdad, Dennis?

—Guapa, Leila, guapa.

—El niño te acepta bien. Ven, te mostraré la habitación del pequeño. Le pones un programa de dibujos animados en la televisión, ya te diré el video que has de poner y después lo metes en la cama. Déjale una luz encendida.

Siguió dándole indicaciones que sonaban a órdenes. La habitación del pequeño era espaciosa y confortable, lo que podía considerarse un excelente dormitorio para un niño rico y cuidado. Muñecos, dibujos, moqueta...

—Por tu parte puedes ver televisión y oír música, pero sin hacer demasiado ruido, Dennis tiene que dormir y te ruego que no comiences a husmear por la casa. Miriam ya te habrá advertido que mi marido es muy riguroso con sus cosas.

—¿Su marido es mago?

Donna Hollister frunció el ceño, no parecían gustarle las preguntas directas y no solía responderlas nunca.

—Encontrarás algunas puertas de la casa cerradas. No intentes abrirlas ni buscar las llaves por los cajones. Espero que seas una buena chica. Te confío a mí hijo que es lo que más quiero.

—¿Y su marido, señora?

Había doble intención en la pregunta de Leila. Nada más conocerse se había creado un antagonismo entre ambas.

La señora Hollister, con más años y más experiencia, dominó la situación. En aquellos momentos no consideraba a la joven canguro rival suficiente como para preocuparse de ella. Tenía necesidad de una chica de confianza. Miriam no le había causado problemas y si ella le enviaba a su amiga, debía darle un margen de confianza.

—El señor está de viaje.

—Entonces, ¿sale usted sola?

—¿No te has dado cuenta de que haces demasiadas preguntas, jovencita?

Minutos más tarde y después de dejarle escritas una serie de instrucciones, Donna Hollister se marchó.

El pequeño Dennis no resultó el típico niño mimado, repelente y llorón. Congenió rápidamente con Leila como parecía haberlo hecho con Miriam y no acusó para nada la ausencia de su madre.

—¿Te gusta la tele?

Dennis reía con los dibujos animados que el video transmitía al televisor, cómics que el niño debía haber visto más de cincuenta veces con sus ojos asombrados por tanto color y animalitos en movimiento.

No tuvo que convencer al niño para ir a la cama. Como si estuviera programado, se durmió antes de que terminara la cinta de dibujos

animados. Leila lo tomó en brazos y tras cerciorarse de que estaba limpio, lo llevó a su cuarto y lo metió en la cama.

Dejó la luz piloto encendida por si el niño despertaba que no tuviera miedo, eran demasiados los niños con fobia a la oscuridad. Dio un vistazo en derredor como para asegurarse de que no había nada que pudiera representar un peligro para la criatura.

Todo estaba bien y abandonó el dormitorio dispuesta a regresar al salón. Allí tenía el televisor a su disposición con una buena colección de películas para elegir si es que no le agradaban los programas que podía recibir por los numerosos canales. También estaba el equipo de música, alta fidelidad y estereofonía. Ignoraba aún qué cassettes tenían de música o discos compact.

Llegaba a la sala cuando se fijó en un pasillo con baranda que desembocaba en una puerta cerrada. Clavó sus ojos en ella, la miró con mucha atención, como si algo la atrajera con fuerza.

No se consideraba una mujer especialmente curiosa, pero aquella puerta cerrada y la advertencia de que no intentara averiguar qué había detrás, la había picado, máxime cuando Miriam le había contado en secreto que Hollister era un mago.

Nada en aquel hermoso chalé delataba que en la casa viviera un hombre que practicara la magia, quizás sus vecinos nada supieran y no entendía cómo lo había averiguado Miriam.

Retrocedió en su camino. Subió los peldaños de la escalera y recorrió el pasillo con la baranda de madera tallada artesanal mente hasta llegar a la puerta. Dudó antes de acercar su mano a la manecilla, pero cuando lo hizo, trató de abrir la puerta que no cedió.

Sabía que aquella puerta iba a estar cerrada, sin embargo al intentar abrirla y encontrarla físicamente cerrada, se preocupó.

—¿Un mago y puertas cerradas? ¿Qué clase de mago será?

Soltó la manecilla de la puerta y se encogió visiblemente de hombros, casi como una niña a la que no dejan participar en un juego colectivo y se aleja disimulando su despecho, su malestar contra quienes la rechazan.

Puso en el video una película de Doris Day. Pronto comenzó a aburrirse. Qué lejos estaba el mundo de aquellas comedias de Doris Day de la vida que vivían ella y su generación.

Buscó entre los discos compact alguno que le gustase y escogió uno de Bruce Springsteen.

Con la televisión apagada, comenzó a oír al “Boss”; sin embargo, su mente no estaba tranquila ni sosegada. Su cabeza se desvió y buscó con los ojos la puerta que se hallaba en lo alto y que desde el sofá en que se hallaba, veía en parte.

“¿Habrá otras puertas cerradas?”, se preguntó.

Cuando terminó el disco, se preparó una bebida. Con lo que encontró en la nevera y en el mueble-bar no llegó a componer totalmente un “San

Francisco”, pero se le parecía bastante.

Comenzó a sorberlo lentamente. Lo mejor de todo era que estaba fresco, y resultaba una paradoja, porque en la calle hacía frío y llovía. Dentro de la casa, la calefacción funcionaba de maravilla y hubiera podido ir desnuda de un lado a otro sin temer un resfriado.

El niño dormía plácidamente, no la molestaba. Aquella podía ser una noche de suerte. Había oído contar a otras chicas que hacían de canguros lo mal que lo pasaban ante las rabietas de los niños.

Todo era paz y casi se aburría, pues no había conseguido entretenerse con la película y tampoco con la música.

Comenzó a sentir desasosiego sin saber por qué. Era como si intuyera que estaba ocurriendo algo que no podía ser bueno.

“Tonterías”, se dijo. “Debo estar influenciada por hallarme en la casa de un mago”.

Hubiera deseado saber qué clase de mago era el tal Hollister.

Dejó que la música continuara sonando en la sala y se enfrentó de nuevo con la escalera. Demasiadas horas sola tentaban su curiosidad, la curiosidad innata en todas las mujeres.

“He de dar un vistazo al niño”, se dijo, como excusándose consigo misma.

Miró de reojo una vez más la puerta cerrada. Se adentró por el pasillo en el que se abrían otras puertas y comprobó que Dennis dormía plácidamente, iluminado por la luz piloto. Todo estaba bien, por lo menos así lo parecía, pero Leila seguía teniendo una sensación de angustia creciente.

Abrió otra habitación y descubrió lo que debía ser un cuarto para huéspedes. Pasó a otra habitación, una alcoba individual con un gran ventanal, ahora protegido por una cortina mientras la lluvia caía mansamente empapando el césped que rodeaba la casa.

Prefirió no husmear demasiado y se retiró pasando a un espacioso dormitorio, una *suite* con baño completo y vestidor aislado con armarios en ambas paredes y un gran espejo tríptico al frente.

Pensó que una casa como aquella le gustaría para vivir cuando llegara el momento de aparejarse o de ganar el dinero suficiente como profesional, aunque sabía muy bien que para pagar una casa semejante, en una urbanización selectiva de clase media alta, iba a tener que dejar pasar mucho tiempo para reunir los ahorros suficientes, además de invocar cada noche la protección de la diosa fortuna.

Se encontró con otra puerta cerrada, otra puerta que escondía un misterio detrás.

“Tengo que hablar con Miriam”, pensó.

Miriam no era una joven que profundizase en nada, quizás por eso era tan útil como canguro. Veía la tele con placer y con los innumerables canales que podía sintonizar, amén de las cintas de video que ponían a su

disposición, daba por divertidas todas las horas de “servicio”.

—Soy una tonta, siempre me complico la vida —se dijo—. ¿Qué me importa lo que pueda haber tras unas puertas cerradas? Después de todo, es posible que nunca más vuelva por esta casa.

Dio la espalda a aquella última puerta y anduvo hacia la escalera para regresar a la sala cuando tuvo no la sensación sino la certeza de que había alguien tras ella.

Se detuvo. Le temblaron los labios y tuvo miedo de volverse y encontrarse con lo desconocido, con alguien que no debía estar allí porque se suponía que la habían dejado sola al cuidado del pequeño Dennis.

“No, Leila, no, no te dejes llevar por la imaginación”.

Antes de que pudiera hacer algo como volverse y encararse con la realidad o echar a andar como si nada ocurriera, como si realmente no hubiera nadie tras ella, sensación que tantas y tantas personas solían tener cuando se hallaban a solas en una casa, máxime si esta les era extraña, sucedió lo inesperado.

Una mano enguantada pasó por delante de ella sujetándole los brazos y oprimiéndole los pechos. Sintió la presión en su espalda del cuerpo desconocido. Intentó gritar, más un algodón se aplastó contra su nariz.

—¡No, no! —gimió.

Se debatió tratando de liberarse de aquel abrazo traidor, pero las fuerzas comenzaron a fallarle. El algodón cargado de éter la embriagó, sintió como un pinchazo en la nalga y después, nada.

Todo terminó allí, como si la guadaña de la Muerte acabara de segar su vida.

CAPÍTULO II

Se deslizaba por un tobogán en espiral que cambiaba de colores. Le producía una sensación agradable en el vientre y en las ingles y no podía evitar chillar, sí, le complacía chillar fuerte, como para anular sus propios pensamientos, pero el tobogán en espiral que parecía inacabable se fue tornando más y más oscuro y tuvo la desagradable impresión de que, siempre girando, se deslizaba hacia el interior de un enorme ojo.

Siguió chillando, ya no de placer sino de terror. ¿Qué había al final de aquel ojo? Leila no podía hallar respuesta a la terrible pregunta. Buscaba un pasamanos adonde agarrarse y frenar la caída, un lugar donde apoyar sus pies, pero nada, y seguía cayendo, cayendo.

—¿Cómo se encuentra?

Abrió los ojos de súbito, tuvo la impresión de que sus ojos se habían hecho más grandes de lo normal. Ante ella, un hombre desconocido con bata blanca, rostro bastante arrugado y escaso cabello sobre la cabeza.

—¿Dónde estoy?

—Parece que has hecho un largo viaje —dijo él quitándose las gafas para limpiarlas meticulosamente con un pañuelo mientras se sentaba a su lado.

—¿Viaje?

—Leila... —sopló sobre el cristal derecho de sus gafas sostenidas con los dedos para humedecerlo con el aliento—. Todavía es pronto para conocer los resultados de los análisis, pero yo conozco a muchos drogadictos y tú no lo eres, aunque luego el análisis dé positivo.

—¿Drogadictos, de qué habla, dónde estoy?

Se incorporó en la cama y se percató de que solo estaba cubierta con un camisón, le habían quitado toda la ropa. Volvió su rostro con mirada entre agresiva e interrogante.

—¿Dónde está mi ropa, qué hago aquí?

Con hablar grave y paciente, el hombre le explicó:

—Estás en el Medical Center, en observación. ¿De veras no recuerdas nada?

—¿Observación, hospital? —Cerró los ojos. Sí, recordaba muy bien el tobogán en espiral. De pronto—: ¡Dennis!

Se encaró de nuevo con el hombre que ahora se había calado las gafas, en su rostro había gran preocupación.

—¿Le ha ocurrido algo al niño?

—¿Qué crees tú que puede haberle pasado?

—No lo sé, no lo sé... ¿Qué hago aquí? Ahora recuerdo, me atacaron por la espalda.

—¿Quién?

—No sé, no le vi. Me cogió por la espalda, llevaba guantes. Me puso un algodón en la nariz y recuerdo que me asfixiaba, me sentí mareada y luego, luego...

—¿Luego qué?

—Pues, que me he despertado aquí, eso es todo.

—¿Todo, seguro que todo?

—Sí, sí, todo, no sé más.

—Soy el doctor Freeman, psiquiatra, y te advierto que la policía querrá saber mucho más.

—¿Más? ¿Es que de veras le ha ocurrido algo al niño?

—Leila, yo no puedo decirte nada. Debo mantenerte en observación.

—Mientras dormía, me han mirado el cuerpo, ¿verdad?

—Te encontraron inconsciente. Te trajeron al hospital y había que revisarte para saber qué pudo sucederte. Hemos comprobado que no tienes huellas de "picadas", aunque algunas jóvenes se "pican" en lugares inverosímiles, donde apenas puede notarse, pero ya te he dicho que no creo que tú seas drogadicta. ¿Tomaste anfetas, ácido o algo más? Ya me comprendes.

—No, no tomé ni alcohol, nada. Me atacaron, lo recuerdo muy bien.

—Lo importante es que ahora estás bien. Un hombre de la policía pasará a interrogarte.

—¿Interrogarme, es que estoy detenida?

—No estás detenida, pero procura recordar. Yo creo en ti.

El psiquiatra abandonó la habitación. Leila buscó sus ropas y no las encontró por parte alguna. Abrió la puerta para dirigirse a recepción y exigir sus ropas cuando se encontró con un policía de casi dos metros de estatura que con una amplia sonrisa le dijo:

—No puede salir, jovencita.

—¿Qué no puedo salir, por qué, estoy detenida? ¿Qué ha ocurrido con el niño de los Hollister?

—No está detenida. Estoy aquí para que no la molesten, son las órdenes que he recibido.

—¡Quiero irme!

—Muy bien, pero espere a que venga algún superior mío. Regrese a la habitación, no puedo dejarla salir, es por su bien. Podrían asesinarla.

—¿Asesinarme, quién, por qué?

—No sé, el secuestrador.

—¿Qué secuestrador?

Le puso la mano sobre el hombro, suavemente, y la empujó hacia atrás. Cerró la puerta, dejándola así encerrada.

No supo cuánto tiempo pasó hasta que entraron dos hombres en la habitación.

Uno era joven, alto, de cabellos abundantes y lacios rubio dorados, ojos

gris oscuro y mandíbula poderosa.

Aquel joven causó muy buena impresión a Leila, pero el otro, el que parecía el jefe, no le gustó tanto. Tenía aspecto de hombre duro e inflexible. No era tan alto como el joven, pero sí más ancho de espaldas. Su mentón era exageradamente cuadrado y sus pequeños ojos brillaban tras unas gafas de perfecta tecnología óptica, aunque no resultaran de un diseño moderno ni favorecedor.

—Leila, ¿querrá respondernos a unas preguntas? —le dijo abiertamente el tipo más mayor, que rondaría la cuarentena.

—¿Quiénes son ustedes? —inquirió recelosa.

—Somos agentes federales —le mostraron sus credenciales.

—¿Agentes del F.B.I.? ¿Qué ha pasado, qué quieren? Denme mi ropa, quiero irme de aquí enseguida.

—Tranquila, tranquila —apaciguó el agente Johnson—. Nada tiene que temer. ¿Se encuentra bien?

—Sí, estoy bien, bueno, no sé —vaciló.

—Los médicos dicen que ha estado drogada. ¿Tomaba drogas?

—Jamás, ni probarlas —replicó con viveza, temiendo caer en una encerrona.

—Eso está bien. Los médicos dicen que ha estado drogada pero que no es consumidora habitual. ¿Tiene amigos que sí las toman?

—Yo no sé qué hacen los demás —replicó, sintiéndose incómoda ante el agente Johnson.

Miró con ojos suplicantes al joven como pidiéndole ayuda, pero este seguía callado. Todas las preguntas las hacía su superior, él observaba y aprendía. Algún día sería él quien hiciera preguntas, esperando las respuestas de una muchacha asustada como Leila.

—A veces, uno tiene amigos que son drogadictos o delincuentes y que se aprovechan de nuestra ingenuidad para cometer delitos. ¿Había dicho a alguien que iba a cuidar el niño de los Hollister?

—No.

—Una respuesta muy rotunda. ¿A nadie, seguro?

—Bueno, Miriam sí lo sabía —explicó nerviosa—. Ella me pasó el servicio de canguro y sabía que yo estaría allí, pero ¿qué ha pasado?

—¿Qué cree usted que ha podido pasar?

La pregunta era demasiado capciosa incluso para una joven inexperta y nerviosa, pero siempre podía “picar” en la respuesta.

—No lo sé, me drogaron. ¿Asunto de drogas?

—Pues, del todo no lo sabemos. El vicio está en todas partes. Vamos a ver si trata de recordar lo sucedido.

—Yo no recuerdo nada y no responderé a nada más si no me cuentan lo que ha pasado.

—Ejem —carraspeó el joven federal que permanecía en pie mientras su jefe se había sentado a horcajadas en una silla, apoyando sus brazos

cruzados en lo alto del respaldo.

Johnson lanzó a su subordinado una mirada poco amistosa. Luego, como dándose cuenta de que se había pasado en sus funciones, sonrió circunspectamente y volvió su rostro hacia la muchacha.

—La drogaron y se llevaron el niño de los Hollister. ¿Sabía que el secuestro de niños es delito federal?

—¿El pequeño Dennis secuestrado?

Aquel era el momento crucial para los agentes de la ley. En momentos como aquellos se escrutaba muy bien el rostro de los interrogados para captar algo que les delatara, algo que indicara que estaban mintiendo y que sabían más de lo que aseguraban.

—¿No lo había adivinado?

—No, claro que no —juntó las manos delante del rostro y comenzó a sollozar silenciosa pero abundantemente.

—Bueno, bueno. Intente recordar lo que pueda, cualquier pista será buena por insignificante que parezca. Un olor, un perfume, no sé, cualquier detalle que recuerde. El secuestrador o secuestradores ahora pedirán un rescate y los atraparemos, claro que los atraparemos. Todos los secuestradores se creen muy listos, pero al final los pillamos, lo malo es que se vuelven muy peligrosos porque saben lo que les espera, así es que ándese con cuidado. Hunter le dará nuestro teléfono. Si no me encuentra a mí, póngase en contacto con él, siempre andará cerca de usted aunque no se dé cuenta ni pueda verle. Nuestra misión es rescatar al niño y llevar al secuestrador o secuestradores ante los tribunales, y por todos los demonios, así lo haremos, para eso nos pagan los contribuyentes.

Convencido el agente Johnson de que no sacaría nada más de la muchacha en aquellos momentos, se levantó de la silla mientras el joven Allen Hunter entregaba una tarjeta a Leila.

Tras unos corteses saludos, la muchacha volvió a quedarse sola. Miró la tarjeta y sollozó ruidosamente. Se sentía culpable de la desaparición del niño que habían dejado a su cuidado.

CAPÍTULO III

La casa de los Hollister estaba iluminada por un sol de tarde de finales de otoño, un sol frío. No había pájaros cantando y todo parecía muy silencioso.

El garaje estaba cerrado y no se veía ningún vehículo delante de los jardines.

Leila estacionó su coche de segunda mano, tercera o acaso cuarta, frente a la casa. Se apeó y anduvo resuelta hacia el porche. Pulsó el llamador. El tiempo de espera se le hizo interminable.

Al fin se abrió la puerta y apareció Donna Hollister. Le pareció más alta que la noche del suceso, cuando la viera por primera vez. Estaba pálida y quizás el maquillaje cubría el reflejo del dolor y la angustia.

—Buenas tardes, señora Hollister —saludó algo balbuceante cuando había deseado ser directa, casi aplastante. No deseaba que la mirasen como culpable.

—Hola. ¿Qué quieres?

—Quería decirle que lamento lo ocurrido, que me cogieron por sorpresa cuando terminaba de dar una ojeada al cuarto de Dennis.

La señora Hollister continuaba en el umbral de la puerta sin moverse, como cortándole el paso. No se mostraba asequible, era una mujer dura y firme, muy dueña de sí y acostumbrada a hacer siempre su voluntad.

—Nadie te acusa de nada. ¿Quieres algo más?

—Pues, no lo sé. Yo siento mucho lo sucedido...

—La policía encontrará a los secuestradores y sobre ellos caerá todo el peso de la ley. Yo, de ellos, no estaría nada tranquila.

—¿Por qué dice "ellos", señora Hollister, ya se sabe que han sido varios?

—No, no se sabe nada. Ahora, si me disculpas...

En aquel momento arribó un taxi que se estacionó tras el coche de Leila. Donna Hollister desvió su mirada hacia el vehículo público. Un hombre pagaba rápidamente y se apeaba del coche. Leila se fijó en él, era de estatura mediana tirando a bajo, de abundante cabello blanco y algo obeso. Tendría más de sesenta años.

—¡Donna! ¿Qué ha averiguado la policía?

La pregunta fue hecha antes de llegar al porche, el hombre estaba ansioso y Leila dedujo inmediatamente quién era.

—¿Es usted el señor Hollister?

—Sí —respondió, mirando a la muchacha desconocida para él.

—Lamento mucho lo ocurrido. Yo estaba haciendo de canguro y...

—El F.B.I. cree que ella nada tiene que ver pero ningún sospechoso

queda descartado del todo —dijo Donna Hollister casi brutalmente.

—Le juro, señor Hollister, que yo nada tengo que ver en este horrible suceso.

Desde el interior de la casa, una voz pidió:

—Déjela pasar, señora Hollister.

Donna titubeó, pero fue el propio Robert Hollister quien cogió a Leila por el brazo y la hizo entrar en el chalé. Allí estaba Allen Hunter, el joven federal, y otro hombre sentado junto a un teléfono supletorio con una grabadora lista.

Robert Hollister les miró interrogante. Donna los presentó como agentes federales.

—Si el niño ha de correr un riesgo, no quiero que intervengan —dijo tajante el mago de los cabellos blancos.

—No pondremos en peligro en ningún momento la vida de su hijo, señor Hollister —aseguró Allen Hunter—, pero para rescatar al niño debemos mantener una discreta observación. Tenemos mucha experiencia en esta clase de delitos. El secuestrador cometerá un desliz y lo atraparemos. Créame, sabemos cuál es nuestro trabajo. Otros delincuentes llamarán queriendo aprovecharse de la situación, es malo que estas noticias trasciendan al principio; seguramente capturaremos a unos cuantos delincuentes que tratarán de cobrar un rescate.

En aquel momento sonó el teléfono y todos se pusieron en tensión. El técnico de la grabadora puso esta en marcha y miró a la señora Hollister. Esta descolgó despacio, muy segura de sí.

—¿Diga?

—Donna, Donna, soy Freddy. He visto en el noticiario de la tele lo de Dennis... ¿Cómo estáis?

—Pues, esperando, esperando —sorprendentemente, la entereza de la señora Hollister comenzaba a derrumbarse, a hacer crisis.

Su marido, que parecía conocerla bien, se le acercó y tomó el auricular de su mano.

—¿Freddy? Soy Robert.

—¿Cómo va eso, qué hace el F.B.I.?

—Buscar a los secuestradores. Ahora todo está bien, bueno, es un decir. Será mejor que cuelgues, podemos recibir una desagradable llamada de un momento a otro. ¿Lo comprendes?

—Sí, claro. Esta misma tarde tomaré el primer avión que salga del aeropuerto Kennedy y voy para allá.

—No es preciso que vengas —le cortó el mago.

—Déjale, déjale que venga —pidió Donna comenzando a sollozar. Avergonzada de hacerlo, cosa nada frecuente en ella, escapó hacia las escaleras para encerrarse en su alcoba.

—Freddy, ¿has oído?

Freddy Logan ya no respondió, la línea había quedado cortada. Parecía

tener prisa por llegar cuanto antes junto a su hermana.

Robert Hollister se encaró con el joven federal.

—¿No tiene ninguna pista?

—Por ahora, no, pero estamos computando muchos datos. Piense que el secuestrador es el que ha de dar el primer paso y nosotros lo estamos esperando.

—Los secuestradores matan cuando se ven acorralados.

—Es posible —admitió el federal—, pero nosotros no le vamos a dar sensación de acorralamiento. De todos modos, las estadísticas señalan que aún después de haber pagado el rescate, los secuestradores matan.

Robert Hollister no parecía muy convencido. Miró a Leila, la tomó por el brazo y la llevó hacia la puerta que ella encontrara cerrada.

—Ven, hablaremos a solas.

Seguro de que la puerta estaría cerrada, Robert Hollister sacó la llave de uno de sus bolsillos. La introdujo en la cerradura de aquella puerta que había constituido un enigma y una preocupación para Leila y la abrió, accionando luego el interruptor de la luz.

La joven esperaba hallarse ante una habitación distinta a las demás y no quedó defraudada en absoluto.

La estancia era amplia, con luces indirectas rojas y verde esmeralda. Abundaban los cortinajes de terciopelo y no se veían ventanales, dedujo que debían quedar ocultos bajo las cortinas. Dos paredes formando ángulo estaban repletas de estantes llenos de libros.

Había armarios que encerraban botellas y recipientes de toda índole y pequeños artilugios que Leila ignoraba para qué servían.

Centrada en la estancia había una mesa redonda de granito negro pulido como un cristal.

Robert Hollister se quitó el gabán forrado de piel y abriendo un cajón, escogió un mantel circular de color rojo brillante que puso sobre la mesa. Situó un par de cómodas butacas y pidió a la muchacha:

—Toma asiento, por favor.

—Lamento mucho lo ocurrido, pero yo no sé nada, señor Hollister. Me drogaron y he despertado en el hospital, debe usted creerme.

—Claro, claro. No tengas miedo, la policía busca a mí pequeño y yo también. ¿Sabes a qué edad fui padre?

—No, no lo sé.

—A los sesenta y cinco años, jovencita.

—Parece usted más joven.

—Gracias, ahora comprenderás por qué no voy a permitir que me quiten a mí único hijo. El F.B.I. investigará, pero yo también.

—¿Con la magia? —preguntó directamente.

El mago empequeñeció sus ojos, había un mucho de superioridad en aquel gesto.

—¿Le tienes miedo a la magia, jovencita?

—No lo sé. He leído cuentos de terror y sí he sentido miedo, aunque se dice que todo eso son tonterías, que nada es verdad. No me creerá usted, pero me siento como culpable.

—Si te atacaron, tú no eres culpable. Eres una chica que cuidaba del sueño de un niño, no un guardia de seguridad.

—¿De veras no piensa que yo tuve la culpa?

—Claro que no.

—Me parece que su esposa sí lo piensa. Es la primera vez que hacía este trabajo de canguro y fue porque me lo pidió una amiga.

—Si Miriam te hizo venir aquí es porque se fiaba de ti. Anda, pon los brazos sobre la mesa con las palmas hacia arriba si no te molesta.

Leila obedeció con cierto temor. Buscó los ojos del mago y le pareció que sonreían.

—¿Va a leerme las manos?

—Quizás. Lo que te pido es que no temas nada malo. Debes confiar en mí. He vivido mucho y tengo la sabiduría de múltiples experiencias propias y ajenas. Deja que tome tus manos, deja que sienta lo cálidas que son.

—Pero... ¿Qué es lo que quiere de mí?

—Si te ocurre algo, grita. La puerta está abierta y abajo en la sala están los federales.

Instintivamente, Leila se volvió. La puerta que estaba a su espalda permanecía abierta, pero ella quedaba como atrapada en una red de luces indirectas rojas y verdes.

—Relájate, nada te sucede. Debes estar completamente tranquila, nada puede ocurrirte. Los párpados te pesan, eres una buena chica que solo desea dormir, dormir. Tienes sueño, mucho sueño... —le iba diciendo con su voz grave y pausada—. Los párpados te pesan, ciérralos, ciérralos suavemente...

Leila seguía oyendo aquella voz profunda que era protectora y poderosa a la vez. Los párpados comenzaron a pesarle demasiado como para poder mantenerlos abiertos.

Quería resistirse, se daba cuenta de que la estaba dominando, pero ya era tarde. Su mente no tenía fuerzas para rebelarse, atrapada bajo el magnetismo que emanaba de aquel hombre llamado Robert Hollister, un mago desconocido para ella que semejaba quitarle la energía con sus manos. Sí, tenía sus manos dentro de las de él y algo escapaba de ella por sus manos.

Quiso estirarlas, zafarse de las de él, pero el mago la oprimió con algo más de firmeza y Leila quedó como encadenada sobre la mesa de granito negro y pulido como un espejo y cubierta por el brillante mantel rojo en el que había un círculo dorado apenas visible y dentro de él un triángulo.

CAPÍTULO IV

Miriam tenía el cabello castaño oscuro y muy rizado, formaba un auténtico casco en torno a su cabeza algo pequeña. Bastante delgada de cintura para arriba, sus caderas en cambio eran opulentas y oscilaban al caminar.

Dio una patada a un almohadón que saltó por el aire, yendo a caer junto a otros cinco. El apartamento tenía abundancia de grandes almohadones y alfombras mullidas de materiales sintéticos, sin ninguna calidad. Los muebles escaseaban en el viejo pero reformado apartamento.

Miriam vivía allí con anárquica comodidad, cambiando de cuando en cuando de compañeras según la agobiaran las necesidades económicas.

Tenía el alquiler a su nombre y cuando no le llegaba el dinero, sabía buscar con rapidez a algunas muchachas sin hogar, trashumantes en la ciudad, chicas que buscaban el éxito y que acababan conformándose con una mediocridad más o menos confortable que les permitía ir al supermercado a comprar con bata, zapatillas y rulos en el cabello. Las otras posibles aventuras de la vida solo pasaban en los telefilmes con que las machacaban los canales de televisión, atiborrados de anuncios que empujaban a un consumismo feroz.

Miriam, como otras a su edad, aún no había caído en ese pozo color de rosa en el que se hundía la mujer media americana que mientras se llenaba la boca de pastas con crema de cacahuetes y helados repletos de hidratos de carbono, contemplaba los reportajes del tercer mundo y ante la miseria del prójimo lejano suspiraba repitiendo: “Hogar, dulce hogar. América, dulce América...”

—Siento lo que pasó, Leila.

—Yo más —confesó la joven dejándose caer entre los almohadones—. Hubiera preferido que se me tragase la tierra.

—Los Hollister tienen dinero pero no son de los más ricos de la ciudad. Para pedir un rescate podían haber elegido a otra familia.

—Los Hollister están asustados. Todavía no les ha llamado nadie y tienen los nervios deshechos.

—Yo también los tendría. ¿Cuánto crees que pueden exigir por el rescate?

—No lo sé ni me importa —replicó molesta—. Lo que quiero es que no le suceda nada al niño.

—Bah, no temas, no le pasará nada. A los secuestradores les interesa cobrar y si el niño muere no hay dinero.

—Los federales dicen que los secuestradores son muy asesinos, por eso la ley es tan dura con ellos.

—Yo creo que al pequeño no le ocurrirá nada, pedirán la pasta y cuando la tengan en su poder desaparecerán y a darse la gran vida. Por lo menos, por lo menos van a pedir medio millón.

—¿Medio millón? —repitió Leila frunciendo el ceño.

—Sí, porque los Hollister tendrán dinero en el banco y el chalé vale lo suyo. Pidiendo una hipoteca, el banco les dará buen dinero y podrán pagar.

—Miriam, lo dices de una manera que me pone los pelos de punta.

—¿Por qué? Solo estoy aventurando hipótesis. No creo que se hayan lanzado a un secuestro que les puede costar la pena de muerte para no ganar un botín sustancioso. Medio millón de dólares se lo pueden sacar al mago.

—Hollister quiere mucho a su hijo.

—Sí, ya lo sé, lo tuvo de muy viejo.

—A los sesenta y cinco años. Ella es muchísimo más joven.

—Me gustaría saber cómo convenció a la señora Hollister para que se casara. Hoy día tratas de meterle el lazo a un chico y se te rompe la cuerda, no hay manera. Tienes amigos, se te meten en la cama unos días y cualquier mañana te levantas y ya han desaparecido para siempre de tu vida y como despedida no te dicen ni “ahí te pudras”.

—Esa clase de amigos no los necesito.

—Es que tú eres muy estrecha, querida.

Abrió un paquete de cereales tostados, vertió un montón en su mano y comenzó a comer al tiempo que buscaba en la nevera una botella de leche.

—Yo soy como soy. Prefiero llegar a tener una pareja estable, no alguien que, como tú dices, cualquier día, al despertar, ha desaparecido para siempre de tu vida y no llegas a saber si ha sido sueño o una realidad.

Miriam volvió a abrir la nevera, buscó algo con la mirada que no encontró y cerró de nuevo el frigorífico con fuerza, casi de malhumor.

—Si sigues comiendo así, vas a engordar.

—Si alguna vez engordo, adelgazaré enseguida, ya sabes, sauna, aerobic, footing.

—Tonterías, la que engorda lo tiene negro para adelgazar —replicó Leila.

En aquel momento, se abrió la puerta inesperadamente para Leila, pues a su amiga no pareció sorprenderle mucho. Un hombre joven y alto, de abundantes cabellos negros rizados y mandíbula dura, entró utilizando un llavín. Miró a las dos chicas con descaro.

—Hola, Peter.

—Hola —saludó él, mirando especialmente a Leila.

—Ella es Leila. No vive nunca conmigo, tiene su apartamento, pero es mi mejor amiga.

—¿Tú eres la del secuestro?

—Yo no soy la de ningún secuestro —replicó muy molesta.

—Bueno, yo solo quería decir la que hacía de canguro cuando se

llevaron al niño. Miriam me había hablado de ese crío.

—Miriam, he de irme.

—Espera, mujer. Peter es muy simpático, cuando quiere, claro.

—Perfecto, que os divirtáis.

Peter se interpuso en el camino de Leila hacia la puerta y le preguntó abiertamente:

—¿Te caigo mal, guapa?

—Ni mal ni bien, acabo de conocerte, eso es todo.

—Si quieres, podemos conocernos mejor.

—¿Has oído lo que me ha dicho, Miriam?

—¡Bah! —respondió encogiéndose de hombros y ajustándose unos grandes almohadones para mejor colocar su espalda—. Siempre bromea, es muy ligón. Además, ya me conoces, no soy celosa.

—¿Qué? —insistió Peter—. ¿Quieres que te lleve a alguna parte?

—¡Eh, ahora estás por mí! —protestó Miriam.

—Eso, dedícate a ella, yo ya tengo adonde ir.

—Espera... Si te he caído mal, lo siento, todavía podemos ponerle remedio.

—Sí, claro, otro día, ahora déjame pasar.

—Leila, Miriam me ha hablado de ti. Sé que estás sola y que ahora estás metida en ese lío del rapto. Yo puedo hacerte la vida más agradable.

—¿Ah, sí, cómo, leyéndome un comic de Superman?

—Miriam, tu amiga es muy graciosa —rezongó Peter, apartándose para dejarla salir.

—Déjala, está preocupada y tiene razón. Fue culpa mía, yo le proporcioné ese trabajo. La verdad es que yo lo pasaba bien, pero como tú me dijiste, bueno, que teníamos que salir...

Leila se volvió hacia su amiga cuando ya tenía asido con la mano el pomo de la puerta.

—¿Y salisteis?

—¿Por qué te interesas ahora por eso, preciosa? —preguntó Peter.

—No, por nada. A veces, una piensa tonterías. Adiós.

Leila abandonó el pequeño apartamento en el que nunca se había sentido cómoda.

Le agradó sentir el frío de la calle en el rostro.

Anduvo hacia su viejo coche y, de reojo, observó que había un sujeto sospechoso que le pareció vigilaba el portal del que ella acababa de salir. No era extraño que por aquella zona aparecieran los “camellos” vendiendo su mercancía.

Se encerró en su coche justo cuando aparecieron otros dos tipos que golpearon con los nudillos el cristal de la ventanilla y la miraron riendo.

Leila dio a la llave de contacto y puso en marcha el motor temiendo que fuera a calársele de un momento a otro.

Tuvo miedo, justificado o no, pero sintió un miedo que creyó que

podría vencer pisando el acelerador.

CAPÍTULO V

Aquella tarde no se había divertido con los amigos. Su mente estaba lejos, en otra parte, aunque la comunicación entre ellos era mala debido a los excesivos decibelios de la música y la cegadora luminosidad con que les bombardeaban los cañones de luces intermitentes.

Hubiera deseado beber algo más de lo normal, quizás aceptar alguna pastilla de las que a veces tomaban sus amigas, pero se resistió a ello y regresó deprimida a su pequeño apartamento.

Pensó en Miriam, a la que no había visto aquella tarde. Qué diferente de carácter le parecía ahora, después de lo sucedido con el pequeño Dennis.

Había tenido discusiones con varios de sus amigos más preferenciales y se dijo a sí misma que toda la culpa era suya porque se sentía culpable del secuestro. Ella tenía que vigilar al niño y se lo habían llevado, pero había algo más, algo que la ponía nerviosa y la hacía sentirse insegura. Era como si su mente no fuera totalmente suya.

Puso una cinta en el radio-cassette y estuvo escuchando unas piezas antiguas de Pink Floyd cuando sonó el teléfono, sorprendiéndola, y no había razón, pues solía recibir llamadas de sus amistades.

—¿Diga?

—¿Leila?

—Sí.

—Leila... Uno, dos, tres... Es la hora —le dijo una voz grave.

La joven, tras asentir con la cabeza de manera mecánica, colgó el auricular.

Tomó su chaqueta de piel y el bolso, apagó las luces y salió a la calle olvidándose de la música de Pink Floyd que seguía sonando.

Ensimismada, ausente de cuanto pudiera rodearle, salió a la calle y no fue en busca de su automóvil como hubiera hecho otra noche, sino que paró un taxi y subió a él.

—Al New Theatre.

—¿Al New Theatre? —repitió el taxista—. Va a llegar tarde.

Leila no respondió. El chófer, considerándola una antipática, se encogió de hombros y pisó el acelerador casi como una pequeña venganza. Comenzó a sortear coches como si la carrera fuera parte de una diversión, hasta que un patrullero hizo ulular su sirena y le obligó a detenerse.

El vehículo de la policía se paró delante de ellos y se apeó un agente uniformado.

—Carnet de conducir.

—Vamos, agente, que no es para tanto, solo he sorteado a un fulano que parecía una tortuga reumática.

—Se ha pasado un semáforo en rojo, ha cruzado una línea continua y conducción peligrosa.

—¡Uau! ¿Y qué va a hacer, llevarme a la cámara de gas? Prefiero el pentotal...

El agente miró a Leila que permanecía en silencio. Al verla joven y hermosa le preguntó:

—¿Se siente bien, señorita?

Ella ni contestó y el policía frunció el ceño.

—Es inútil, con esa no hay ligue posible, parece una zombi —dijo el taxista, resignado a su suerte.

—Vamos, firme aquí y ya le avisarán del juzgado —dijo el agente. Volvió a mirar a Leila y algo preocupado, preguntó al taxista—: ¿Adónde es la carrera?

—Al New Theatre. Ya le he dicho que llegará tarde, pero parece que no le importa, por eso iba yo con el pie en el acelerador, ha sido por hacerle un favor.

—Siga la carrera y cuidado, le estaremos vigilando.

—Si ya lo digo yo, a la cámara de gas... No es mi noche de suerte —se lamentó el taxista.

El taxi la llevó frente al New Theatre cuyo vestíbulo se hallaba iluminado pero vacío de gente.

El taxista cobró de mal humor, sabía lo que le esperaba de multa. Dejó a la joven en la acera y se alejó con rapidez mirando al patrullero que se había estacionado a distancia, observando.

Leila seguía como ausente, quieta en la acera, esperando. Frente al teatro se abrían cuatro calles y por una de ellas apareció un automóvil que frenó suavemente deteniéndose junto a la joven, sin percibirse de que los agentes de la policía les observaban a distancia.

Se abrió la portezuela posterior. Una voz grave le pidió en tono de orden desde el interior del vehículo:

—Entra, Leila.

Obedeció y quedó sentada junto a Robert Hollister. Al volante iba la mujer del mago que tras mirar por el retrovisor comentó:

—Hay un coche de la policía.

—No importa —calmó el mago—, no hemos hecho nada malo. Reanuda la marcha con suavidad, sin llamar la atención.

Donna Hollister, muy segura de sí misma, hizo lo que su marido le pedía y el coche se alejó del New Theatre que solo había servido como punto de encuentro para la cita nocturna.

El propio mago Hollister vigiló el coche patrulla a través de la luneta posterior.

—No nos siguen, adelante.

Salieron de la ciudad por la autopista del sudoeste y entonces, Donna puso el coche a la máxima velocidad permitida. El mago Hollister no

deseaba que la policía les detuviese.

Circularon algo más de dos horas por la autopista barriendo el asfalto con los faros mientras una luna grande y redonda aparecía y desaparecía tras grandes nubarrones.

Tomaron luego una carretera de tercer orden. Allí, Donna Hollister condujo con más precaución debido a la gran cantidad de curvas que había.

Llegaron a un pequeño shop-center rural que también servía gasolina y todo allí se veía tan abandonado y sucio de polvo que parecía que jamás pasara nadie, ni para proveerse de carburante.

—Toca el claxon —pidió el mago Hollister.

El sonido del claxon semejó romper la noche. Leila no parecía preocuparse de nada, era como si nada de su entorno pudiera afectarla. Continuaba abstraída, ausente.

—Ahí viene —indicó Donna, haciendo señales con las luces largas del coche.

—Pues, abajo.

Junto a ellos se detuvo un vehículo todo terreno con capota de lona. Al volante, un mestizo de indio, un hombre alto y fuerte que debía los principales rasgos de su rostro a su ascendencia piel roja.

—Vamos, Leila, hemos de cambiar de coche.

Pasaron al vehículo todo terreno, dejando allí el coche en el que llegaran.

Charly, el mestizo, sin decir nada, sabiendo de antemano cuál era su cometido, puso el vehículo en marcha enfilando por una pista de tierra que se internó en un monte con matorrales y abundantes piedras.

Charly parecía conocer muy bien la zona y llevaba una velocidad a la que no se hubiera atrevido a conducir quien no conociera aquellos parajes.

Los faros limpiaban el camino de sombras, sombras escasas. La luna, espléndida en su redondez desafiante y lujuriosa como una mujer hermosa, había lanzado su manto de luz sobre aquellas tierras.

Tras recorrer varios kilómetros, surgió ante ellos la sombra oscura y casi siniestra de un picacho.

Charly conducía siempre en silencio. Nada se decía dentro del vehículo que, runruneando, rodaba hacia el picacho que destacaba a sus ojos. Y como suspendida sobre él, rodeada de densos nubarrones, la luna en plenilunio.

Cuando el camino se hizo más estrecho y tortuoso, ascendiendo en continuos zig-zags, dejaron de ver el picacho porque ya ascendían por su falda.

Al llegar a un pequeño llano donde el vehículo podía maniobrar para girar ciento ochenta grados, Charly se detuvo.

—Hemos llegado —dijo.

—¿Todo está preparado arriba? —preguntó el mago Hollister al mestizo de indio que era tomado como tal simplemente al verle.

—Sí, todo preparado. Suerte y tengan cuidado, habrá tormenta. Arriba están los espíritus de la guerra y de la muerte.

—Vamos, hay que seguir caminando —indicó Hollister a su mujer y a la propia Leila que, hipnotizada, obedecía cualquier indicación que le hacían.

El anciano y las dos mujeres continuaron el ascenso ahora por un camino tortuoso donde el vehículo todo terreno ya no podía rodar. Si no se apartaban de aquel sendero que se pegaba a la pared de la montaña, no había peligro.

Iluminados por el plenilunio que las nubes ocultaban en ocasiones, sin conseguir apagar su foco de luz clara y reverberante, avanzaron en silencio.

Leila tenía buenos pulmones. Donna no se hacía oír, pero el mago jadeaba tratando de dar un ritmo a ese jadeo, un ritmo que no aceleraba, era como si estuviera durmiendo y roncase ligeramente.

Para Leila no existía el camino ni la noche, la luna ni siquiera el matrimonio Hollister.

Donna avanzaba delante y el mago detrás de Leila cerrando la marcha y haciendo resbalar tras de sí algunas piedras sueltas que terminaban por despeñarse en el abismo que se abría junto al sendero.

Cuando rozaban el lado norte del picacho, el viento ululaba con fuerza y les empujaba como queriendo impedir que siguieran ascendiendo para profanar la cumbre del monte Aserso.

El mago hubiera deseado descansar en varias ocasiones, pero con su luminosidad fosforescente, el reloj le advertía que el tiempo se le escapaba.

Un ventarrón fuerte les recibió al llegar a lo alto del picacho que arriba no era tan puntiagudo como pudiera parecer visto a distancia.

Ocho grandes piedras, pequeños menhires fálicos de la altura de un hombre, rodeaban aquella explanada irregular de cincuenta o sesenta pasos de diámetro, y por su colocación daban un aspecto geométrico a la cúspide del monte Aserso. Eran como ocho vértices de un hipotético octógono y en el centro del mismo, una piedra negra, plana, irregular, que vista desde arriba por los ojos del águila habría podido parecer un triángulo o quizás la cabeza de una vaca.

El mago miró hacia la luna que desgarraba los nubarrones para hacerse ver. Se encaró luego con Leila cogiéndola por los brazos y acercó mucho su rostro al de la joven.

—Leila, sé que tu consciente no se entera de lo que te estoy diciendo. Sé que pese al estado de hipnosis en que te hallas no harías nada que no desearas hacer conscientemente, pero el espíritu humano es muy extraño y consigue sorprendernos incluso a nosotros mismos. Aseguramos que jamás seríamos capaces de matar, de violar, de entregarnos súcubamente a la bestia, pero luego nuestro espíritu sí sería capaz de hacerlo y por tanto, en estado de hipnosis, podríamos llevar a cabo cualquier acción. Es difícil saber lo que podría llegar a hacer nuestro espíritu no controlado, sin

inhibiciones. Tu espíritu está nervioso ahora. Yo solo te pido que participes en la invocación que voy a llevar a cabo. Estoy buscando a Dennis y quiero que me ayudes. Cuando hablé la primera vez contigo te hipnoticé y te preparé para que te entregaras a esta segunda hipnosis. Enseguida me di cuenta de que eres receptiva, muy receptiva. Mi hijo ha desaparecido, nada se sabe de él. La angustia nos devora a su madre y a mí y tenemos que encontrarlo porque los federales no lo consiguen.

—No pierdas más tiempo —le apremió Donna hablando fuerte porque la furia del viento se llevaba las palabras, agitaba sus ropas y empujaba sus cuerpos, como ansioso de arrastrarlos al abismo y despeñarlos.

—No temas, nada te va a ocurrir. Te necesitamos. Tú eres la vida, la juventud, la belleza y la receptividad. Tú puedes ser amada y deseada por todos los espíritus que pueblan las tinieblas —le dijo el mago Hollister casi gritando para que el viento no borrara sus palabras y su mensaje llegara claro a la mente hipnotizada de la muchacha—. Desnúdate, Leila, no tengas miedo ni pudor, desnúdate y ve a esa piedra negra. Súbete a ella. Vamos, no hay tiempo que perder, es la hora de los espíritus, es la noche crucial. Pocos lugares en el planeta son como este picacho. Aquí acuden los espíritus desde hace miles y miles de años, solo hay que invocarlos.

Leila comenzó a mostrarse nerviosa.

Su cabeza hizo movimientos negativos, de resistencia, pero el mago que la tenía cogida por los brazos le gritaba:

—¡Solo es un ritual, no te va a ocurrir nada malo! Tú eres la médium, esto no es magia negra sino blanca. Tienes que ayudar a Dennis, tienes que ayudarle.

En aquel momento, Donna se acercó a Leila. Cogiéndole el rostro con ambas manos, le dijo:

—Nadie te mirará con lascivia. ¿Lo entiendes? Nadie. Debes ir libre de ataduras de los tiempos. Tú eres ahora igual que hace un millón de años. Eres la hembra joven y bella. ¡Desnúdate!

Leila dejó de negar y se despojó de las ropas que fue recogiendo Donna Hollister. Vestidos, prendas interiores que el furioso viento quería llevarse como un fetichista neurótico.

Leila no sintió frío, tampoco calor, ni siquiera el azote del viento que agitaba sus largos cabellos rubios.

—Ve a la piedra y aguarda. No pienses en nada, aguarda —le pidió el mago.

Donna se retiró más allá de los menhires que formaban el octógono como para quedar fuera de él mientras el mago continuaba frente al vértice más agudo del triángulo de piedra negra.

Alzó los brazos, los abrió con desesperación y sus dedos largos apuntaron al cielo como buscando la energía cósmica.

—¡Espíritus que vagáis por el reino de las tinieblas síncronos, oídme, soy el mago Holl, soy el mago Holl! ¡Os invoco aquí y ahora bajo la gran

cara de la luna! ¡Acudid a mí y buscad a mí hijo Dennis! ¿Dónde está mi hijo? —gritó, y comenzó a caminar alrededor de la piedra negra sobre la que Leila permanecía desnuda y en pie, como la más bellísima de las estatuas que jamás la mano del hombre o de los dioses pudiera esculpir.

—¡Dennis, hijo! ¿Dónde estás? ¡Noche, luna, dios del síncronos, soy vuestro servidor, decidme qué tengo que hacer!

Se ocultó la luna y de los nubarrones partieron rayos que llegaron a los pequeños menhires. De súbito, la gran chispa saltó y se produjo un incendio, un fuego que corrió rápido formando un círculo dentro del octógono que los menhires marcaban como vértices de la figura, un círculo de fuego dentro del cual quedó Leila y el propio mago que al gritar se hacía llamar tan solo Holl, quizás un nombre por el que debía ser conocido en el mundo de los espíritus que semejaron converger en la vertical del picacho Aserso.

Los relámpagos se multiplicaron, fue una orgía de energía cósmica. El cuerpo de Leila se iluminaba blanco, a veces violáceo, bajo la luz de los rayos que convergían en lo alto del monte.

—¡Dennis! ¿Dónde estás? —gritaba el mago buscando el espíritu de su hijo.

De pronto, Leila sintió que su cuerpo era arrebatado del suelo, muchos habrían dicho que aquello era levitación. Se despegó de la piedra y giró sobre sí misma. Dio vueltas como si para ella ya no existiera el arriba y el abajo, la gravedad ni ninguna otra fuerza que la sujetara al suelo. Su propio espíritu gritó de terror.

—¡Aaaaaah!

—¡Dennis, hijo! ¿Estás ahí, estás ahí?

El padre gritaba mientras gruesas gotas de lluvia comenzaban a caer sobre ellos sin apagar los rayos ni el círculo de fuego que les protegía de los espíritus del mal.

—¡Papáaa, papáaa! —comenzó a gritar Leila con una voz que no era la suya mientras daba vueltas sobre sí misma sin perder la verticalidad sobre la piedra negra.

—¿Dónde estás, Dennis, dónde estás?

—¡Papá, papá! —repetía la voz del niño que salía por la garganta de Leila; pero era una voz que se alejaba cada vez más, como si se perdiera en la eternidad—. ¡Júntame, tengo miedo!

Y comenzó a llorar convulsivamente en medio de la tormenta.

Leila fue descendiendo hasta quedar tendida, exhausta sobre la piedra negra mientras el cielo se abría y desaparecía la gran luna.

Los rayos disminuían, alejándose con un rumor de quejidos que podían proferir legiones de espíritus.

El círculo de fuego se fue apagando y el mago Hollister se acercó a Leila. Le cogió la cara y la miró a los ojos. La mirada de la muchacha seguía perdida y en el fondo de sus pupilas había terror.

—No tengas miedo, nada te ha sucedido —se volvió hacia su mujer y le apremió—: La ropa, vamos, la ropa, está empapada.

Poco después descendían por el sendero que bordeaba el precipicio. Abajo, en la pequeña explanada, esperaba el mestizo de indio cuya mano izquierda apretaba con fuerza un amuleto oscuro, heredado de sus antepasados.

—Vamos, Charly, y ten cuidado, no vayamos a estrellarnos ahora —le pidió el mago con sensación de fracaso mientras su mujer le preguntaba ansiosa:

—¿Está vivo o muerto?

El mago tardó en responder y lo hizo despacio, con voz infinitamente cansada.

—He hablado con él.

—¿Y qué?

—No me ha dicho gran cosa.

—¿Está vivo o muerto? —insistió.

—Donna, fíjate en la luna. Qué hermosa es, ¿verdad?

El vehículo todo terreno se alejó a toda prisa del gran picacho que se recortaba negro y siniestro contra la claridad de la luna.

CAPÍTULO VI

Freddy Logan se acercó al frigorífico del salón. Abrió la puerta tapizada en cuero viejo y extrajo un botellín de agua tónica. Hizo saltar la tapa metálica y vertió el líquido con gas en una copa de cristal tallado.

No era un hombre alto. Se le veía muy seguro de sí, bien trajeado en azul oscuro y corbata del mismo color, con topos dorados que podían significar una lluvia de monedas de oro.

Sus cabellos oscuros y lacios estaban bien cortados y su rostro era el de un economista frío e implacable, un cazador de negocios. Tras las gafas montadas en varilla de oro, sus ojos claros parecían diminutas pantallas donde constantemente lucían números líquidos.

—No me gusta cómo trabajan ahora los federales —se lamentó con voz grave antes de llevarse la tónica a la boca.

—Robert está muy deprimido —comentó Donna mientras se acercaba también al frigorífico, pero fue para ponerse hielo en el *whisky*—. No era necesario que viajaras tanto y dejar tu Wall Street para venir aquí, son horas de avión.

—Tú eres mi hermana y Dennis, mi sobrino.

La verdad, cuando estoy metido en los asuntos de la bolsa de Nueva York no me acuerdo ni de mi propio nombre, es muy duro trabajar allí, una balsa de tiburones en la que no hay piedad con nadie. Al que cae en desgracia, se le aparta y ahí se le acabó todo. Es un lugar donde se puede triunfar y ganar mucho dinero, pero no puedes equivocarte, has de tener intuición, lo que muchos llaman olfato.

—¿Y los informadores secretos? —preguntó Donna después de sorber un trago de *whisky*.

—Cuentan, claro que cuentan, pero no lo son todo. ¿Sabes que hay informadores cuya misión consiste en intoxicar? —Hizo un gesto sarcástico —. Les pagas, te dan buenas informaciones hasta que llega algo importante y entonces, te joden, su información no es fiable, se han vendido a otros y con cara de pena te sueltan: "Ya te dije que esa información no estaba contrastada, muchacho".

—¿Conoces a alguien importante en New York que pueda mejorar lo que los federales hacen con nosotros?

—No sé, lo intentaré, no he querido inmiscuirme en vuestros asuntos, Robert es muy raro. Los magos son muy especiales.

—Cierto, Robert es muy especial —admitió la mujer—. No es un vulgar mago de teatro, él es un hombre que sabe muchas cosas y le consultan personajes importantes de todo el mundo, por eso viaja tanto. Sin embargo, no quiere publicidad, no le agrada salir en revistas ni en la

televisión como hacen otros que son unos embaucadores.

—¿Y Robert no lo es un poco? —preguntó con mucha cautela.

—No, él sabe lo que hace, pero que sea mago no significa que sea un dios, no siempre consigue lo que desea.

—Sí, ya veo que no logra encontrar a Dennis y eso que se cuenta que algunos contratan a magos y videntes para localizar a las personas desaparecidas.

—Deberías saber algo más de magia, Freddy.

—¿Ah, sí, por qué? No soy hijo de brujos —respondió en tono irónico.

—Pero has estado hablando muchas horas con Robert y conmigo.

—Sí, pero un economista de Wall Street como yo no puede tomarse en serio esas cosas de la magia y la brujería. Prefiero confiar en la policía para encontrar a mí sobrino desaparecido.

El timbre del teléfono rompió aquel diálogo que no parecía fuera a conducirles a ninguna parte. Donna miró con recelo el aparato y luego interrogó con la mirada a su hermano. Este hizo un gesto afirmativo, por lo que ella dio cuatro pasos y descolgó el auricular.

—¿Diga?

—Señora Hollister —comenzó a decir una voz que no sonaba normal, una voz enmascarada de alguna manera.

—Sí, sí, diga. ¿Quién llama?

—Usted no me conoce, señora Hollister —siguió diciendo aquella voz de hombre, filtrada o distorsionada—. No trate de reconocerme, no lo conseguirá. Supongo que quiere noticias de su Dennis, ¿verdad?

—¿Quién es usted, dónde está mi hijo?

—Escuche, escuche...

Donna Hollister identificó de inmediato la voz del pequeño que le llegó con claridad a través del hilo telefónico.

—Mamá, mamá, te quiero mucho, mucho —y soltó una corta carcajada.

El desconocido cortó la risa del niño y habló él de nuevo.

—Reconoce la voz de su hijo, ¿verdad?

—Sí, sí, es él... Deje, deje que se ponga otra vez...

—Le va a salir barato recuperarlo, señora, solo medio millón de dólares en billetes de diez y veinte dólares, todos usados, nada de correlativos. ¿Lo entiende? Medio millón, y ya que la policía se ha ido de su casa, déjelos tranquilos, no vuelva a llamarlos o acaba de oír por última vez la voz de su hijo. Volveré a llamarla, tenga listo el dinero.

Cuando aquel hombre colgó, Donna miró el auricular que tenía en su mano y le pareció un objeto inútil. Tenía deseos de gritar y de llorar al mismo tiempo.

—¿El secuestrador?

Donna colgó el teléfono y brillándole los ojos, a punto de echarse a llorar, miró a su hermano.

—Es el canalla que tiene a Dennis.

—Entonces, hay que avisar a los federales.

—¡No! —se apresuró a negar, interponiéndose entre su hermano y el teléfono—. Ha dicho que si llamamos a la policía no veré más al niño. ¿Lo entiendes, Freddy? No veré más a mí hijo.

—Entonces, ¿vas a permitir que se salga con la suya?

—He oído a Dennis, he oído a mí hijo llamándome y ese miserable me pide medio millón...

—Es mucho dinero —opinó Freddy esbozando una mueca de disgusto.

—Se lo diré a Robert, él tendrá que resolverlo.

—¿Acaso tiene todo ese dinero?

—No, pero el Banco puede prestárselo. Esta casa no tiene hipoteca, con lo que nos deje el Banco y lo que tenemos...

—Donna, cuenta con lo que yo tengo, no es mucho, pero...

—Gracias, Freddy —le abrazó—. Siempre te has comportado como un buen chico que eres.

—No todos piensan como tú, algunos me llaman ambicioso.

—Tonterías, es lógico que un profesional como tú trate de abrirse paso en la vida, te lo exige la sociedad misma. Ahora, esperemos que venga Robert y él decidirá.

Donna, conteniendo sus nervios, se sentó en una butaca. Freddy le puso en la mano otro *whisky* con hielo.

—Gracias, me hace falta —bebió un trago largo—. Estoy muy excitada, por lo menos Dennis está vivo. Han pasado tantos y tantos días después del secuestro que ya había perdido toda esperanza.

—Algunos de esos canallas dejan pasar tiempo para que la policía pierda interés en el caso. Cada día desaparecen en nuestra nación decenas de menores de edad.

—Es que esto es un secuestro, Freddy, no se trata de un niño descontento que abandona su hogar. Dennis solo tiene tres años.

—Sí, sí, claro.

Robert Hollister tardó aún dos horas en regresar a su hogar. Al descubrir a su cuñado, se mostró sorprendido.

—¿No tenías que coger el avión?

—Tomaré uno que sale a media noche. Debía estar al lado de Donna, ha habido noticias.

—¿Noticias? —Hollister interrogó a su mujer con la mirada.

—Robert, ha llamado el secuestrador. No es un sueño, he oído la voz de Dennis.

—¿Estás segura?

—¡Te lo juro! Nadie puede engañarme con la voz de mi hijo, nadie.

Freddy explicó:

—Pide medio millón de dólares en billetes usados.

—¿Medio millón? —Quedó pensativo. Se quitó el gabán y se dejó caer

en una butaca—. Es un canalla que trata de aprovecharse de nuestra situación. No es bueno hacer publicidad de los secuestros, siempre hay miserables que tratan de beneficiarse del río revuelto. Llamaré a los federales.

—Eso mismo he propuesto yo —dijo Freddy.

Donna se irguió ante su marido como para impedirle que pudiera llegar hasta el teléfono.

—¡No llames al F.B.I.! Si lo haces, perderemos a Dennis. ¿No te das cuenta de que lo matarán? Me lo ha dicho muy claro el hombre que ha llamado. Solo lo veremos si seguimos sus indicaciones y pagamos el medio millón que exige. Yo estoy dispuesta a dar todo lo que me pidan con tal de recuperar a Dennis.

—Ya sabes lo que mi hijo significa para mí, Donna, lo daría todo también, pese a que ya no me quedan muchos años para poder recuperarnos.

Sabes que quiero a Dennis tanto o más que tú. Tenía grandes esperanzas en él, era un niño especial, y date cuenta de que hablo de él en pasado.

—¡No puedes seguir diciendo que está muerto, no puedes!

—Desgraciadamente, Donna, creo que nuestro hijo está muerto.

—¡No puedes creerlo, no tienes pruebas!

—Cierto, no tengo pruebas. No sé dónde está su cuerpo y los federales tampoco lo han encontrado, pero creo que está muerto. No sé lo que trató de decirme, no entendí bien su clave, el sentido de sus palabras: "Papá, júntame, papá júntame..." ¿Qué puede significar?

—¿Qué es todo eso? —preguntó Freddy.

—Tratamos de ponernos en contacto con el espíritu de Dennis a través de una médium en una ceremonia mágica.

—¿Y lo conseguisteis?

Es lo que dice Robert. Dennis habló por boca de la médium, decía "papá, júntame, papá júntame, tengo miedo".

—Tonterías —despreció Freddy Logan.

—Freddy, si te vas no correrás el riesgo de perder tu avión. Mañana debes estar en tu Wall Street, el acuario de los tiburones.

—Robert, no seas duro con Freddy —intervino Donna—. Se ha ofrecido a dejarnos dinero dentro de sus posibilidades, tampoco es un hombre rico.

—Es inútil, Donna. No pagaremos porque Dennis está muerto.

—Sé lo gran mago que eres, Robert, nadie más convencida que yo de tus poderes, de tu magia blanca, pero yo he oído la voz de Dennis, la he oído y eso no puedes negármelo. Mi hijo está vivo y lo tiene un canalla que exige medio millón de dólares, y si no los das tú, yo los buscaré como sea. ¿Lo entiendes? Como sea.

—Yo opino que a ese canalla hay que atraparlo —dijo Freddy

volviendo a intervenir.

—Robert, que esta decisión no nos separe para siempre. Sé lo que quieres a Dennis, pero yo también lo quiero, soy su madre. ¡Su madre!

—Y yo, su padre —respondió el mago Hollister, lacónico.

—Sí, y no es lo mismo.

Miró a los ojos de su mujer. Era como una pantera herida y rabiosa al mismo tiempo y no cejaría hasta recuperar a su cachorro al que suponía entre las fauces de otra fiera.

No, ella, por más que siempre había creído en su magia, en los poderes que el mago tenía, en aquella ocasión no aceptaría la muerte de su cachorro sino veía su cadáver. ¿Y quién podía saber dónde estaba el cuerpo del niño? Los secuestradores que asesinaban a sus víctimas las hacían desaparecer para siempre.

Dio un suspiro como de asentimiento, vencido.

—Está bien, Donna, le pagaremos aunque solo sea por agotar la última oportunidad después de pasar tanto tiempo sin saber de él.

—Habría que avisar al F.B.I. —insistió Freddy.

Donna cortó rápida con su negativa aquella sugerencia.

—No, no, a la policía no, tengo miedo de que lo maten.

—Lo que tú digas, Donna. Que nunca puedas acusarme de no haber hecho cuanto ha estado en mi mano.

Donna se arrodilló para abrazarse a las piernas de su marido mientras Freddy Logan, con el vaso de tónica en su mano casi vacío, les miraba con desprecio.

CAPÍTULO VII

—¿Te ha gustado?

Mientras conducía, el federal Allen Hunter hizo aquella pregunta como esperando una respuesta negativa.

—Sí, claro.

—Vamos, Leila, ha sido una función aburrida, demasiado trascendental.

—Tienes razón —admitió la joven, deslizando algo la espalda contra el respaldo del asiento del coche que rodaba rápido pero sin peligrosidad por las calles de la ciudad bien iluminadas.

—He debido llevarte a otra parte, ya me olía que este teatro retorcido y casi ininteligible no era lo mejor para invitar a una chica que sigue preocupada.

—¿Es parte de tu obligación invitar a las chicas con problemas?

—Vamos, Leila, desde que te vi por primera vez me gustaste.

—¿Sabes una cosa, Allen?

—Si no me la dices —replicó él mientras doblaba por una calle, esquivando a un automóvil que pasaba en rojo—. ¡Asesino!

—¿Qué?

—Nada, ese coche, pero como no soy de la Metropolitana... En fin, ¿decías?

—Verás, he llegado a pensar que te portas tan bien conmigo para sonsacarme.

—¿Sonsacarte?

—Sí, porque todavía sospecháis de mí.

—Tranquila, no sospechamos de ti. Te he pedido para salir juntos porque me gustas. Un policía tiene el mismo derecho a ser hombre, a ser persona y a que le guste una chica aunque esta sea la víctima de un lamentable suceso.

—Estoy muy insegura, Allen. Sufro pesadillas y hay momentos en que no sé si sueño o vivo algo real. Tengo sueños fantásticos como que subo a lo alto de un picacho y me elevo en el aire en medio de una tormenta espectacular.

—Después de lo que pasaste, es lógico que sufras pesadillas.

—Pero, ¿cuándo terminarán?

—Eso tendría que decirlo un psicólogo y no yo —frenó el coche ante el edificio de apartamentos donde vivía la muchacha.

—¿Me estaré volviendo loca?

—No, no temas. Todos podemos vernos envueltos en sucesos desagradables y debemos resistirlos. Cada día nacen niños y cada día

muere gente. Los que quedan vivos no pueden volverse locos porque seres queridos les abandonen para siempre. Y de forma violenta, mucha gente muere cada día, sea de accidente de tráfico, laboral o accidentes generales, sin olvidar que el crimen está entre nosotros desde que Caín y Abel fueron creados y no cesará hasta que la humanidad desaparezca.

—Entonces, ¿para qué está la ley?

—Para controlar el crimen e impedir que se cometa en exceso, pero el crimen siempre estará entre nosotros, siempre.

—Te agradezco esta invitación, pero creo que no soy la chica que puede hacértelo pasar divertido.

—Vamos, no soy un muchacho de la secundaria, soy un agente federal, aprendo mucho en la vida. Sé cómo te sientes, pero todo esto pasará.

—No estaré bien hasta que aparezca Dennis.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué? —preguntó, molesta y algo agresiva—. ¿Es que los federales no sabéis cómo recuperar un niño secuestrado?

—No es eso, ya te he dicho que el crimen siempre ha existido y siempre existirá, nuestra labor es limitarlo, pero no somos dioses. Muchas personas secuestradas jamás vuelven a aparecer. Comparativamente con otras policías tenemos un buen número de éxitos, pero no somos infalibles.

—Pero, me estás diciendo que Dennis no aparecerá, que lo han asesinado.

—Hay muchos tipos de secuestradores. Los políticos o terroristas, aquí y en otros países, pueden dejar pasar tiempo antes de reclamar un rescate, no tienen prisa, son bandas organizadas y no buscan el beneficio económico inmediato. En cambio, los secuestradores delincuentes comunes, esos sí buscan un beneficio rápido y piden pronto el rescate, la víctima es una carga insoportable para ellos.

—O sea, que tú estás convencido de que han asesinado al niño.

—No, no es eso. Nosotros tampoco cerramos un caso como crees, no se archiva aunque pierda cierta prioridad porque hay muchos otros asuntos que resolver. Lo que trato de decirte es que tú no puedes dejar de vivir con normalidad a la espera de que Dennis aparezca porque, desgraciadamente, eso podría no suceder nunca. Si fueras la madre del niño no te hablaría así, pero tú eres diferente.

—Quizás esta noche no esté preparada para comprender lo que tratas de decirme —abrió la portezuela dispuesta a abandonar el vehículo.

—¿Y otra noche? —inquirió él estirando su cuerpo hacia ella como para que la muchacha no se le escapara antes de dar una respuesta.

—¿Otra noche? Quién sabe, no lo sé. Gracias por llevarme al teatro aunque no haya entendido la obra.

La joven hizo un gesto de despedida con la mano y hasta trató de disculparse con una sonrisa por su actitud entre fría y molesta que debía haber decepcionado al joven federal que habría esperado otro final para

aquella salida.

Leila entró en el edificio de apartamentos para economías poco saneadas. Podían oírse lloros de niños o los gritos de algún padre de familia borracho.

Leila se decía que cuando su situación económica mejorara por el progreso en su vida profesional que aún no había comenzado, escaparía de allí.

Cuando subía en el ascensor, se sentía muy molesta consigo misma por haber sido tan poco amable con Allen Hunter. Después de todo, le parecía una buena persona aunque fuera un federal y estos no hubieran encontrado a Dennis.

Abrió la puerta y encendió las luces. Cruzando la pequeña salita, se dirigió a su dormitorio. Por lo menos, el ambiente estaba caldeado. Comenzó a quitarse la ropa cuando tuvo la impresión de que alguien la observaba.

Se volvió hacia la ventana. La cortina estaba puesta, pero sus ojos fueron hacia la puerta del aseo y allí le descubrió.

—Eh, ¿qué haces aquí?

—Vamos, preciosa, ¿por qué no sigues? Un *strip-tease* íntimo es de lo más reconfortante. Puedes dejarte el sombrero...

—Márchate o llamo a la policía —dijo, colocándose al lado del teléfono con un par de saltos.

—¿Qué pasa, es que no te gusto? —rezongó Peter, descarado y burlón.

—No entiendo como Miriam te aguanta —silabeó con desprecio.

—Porque valgo mucho y ella lo sabe. Ha podido apreciar en muchas ocasiones mis espectaculares cualidades, y tú vas a opinar lo mismo enseguida.

—No te acerques —exigió cuando ya solo la cama les separaba, y no era un lecho de matrimonio.

—Vamos, vamos, si yo quisiera no tendrías tiempo de llamar a la policía —le dijo, con la arrogancia de quien se siente dueño de la situación.

—Si me tocas, te costará caro. Precisamente me ha acompañado hasta casa un federal y le he dicho que subía a cambiarme de ropa. Me está esperando abajo.

—¿Sí? Pues a mí me ha parecido que el coche que te ha traído se largaba.

—Solo por unos minutos, hemos quedado en que volvería a recogerme.

—No me digas que se ha ido a buscar tabaco.

—Un federal no da explicaciones a nadie. Volverá y si tú no te has ido enseguida, se lo contaré todo y ya veremos cómo sales de la cárcel.

—No es para tanto. Después de todo, no sé de qué se me podría acusar.

—De allanamiento de morada.

—Eso no es delito federal.

—El avisará a los de la Metropolitana y ya buscarán la forma de

encerrarte. Le dices a Miriam que no quiero verla más.

—Ella no me ha dado tu llave, la he cogido yo. No dejes nunca la llave de tu casa a una amiga, por muy amiga que esta sea.

—¡Dame esa llave y márchate!

Peter hizo saltar la llave en su mano. Riéndose amenazador, dijo:

—¿Para qué, si he de volver? Además, si tengo la llave es porque me la has dado tú, no veo el allanamiento de morada por ninguna parte.

—Si vuelves a cruzarte en mi camino, haré todo lo que pueda para que te encierren.

—Demasiadas amenazas.

Saltando sobre la cama, acorraló a la mujer contra la pared. Esta quiso zafarse pero no pudo. Se vio entre los brazos de Peter y se sintió perdida. Él la cogió por la cabeza y ella alzó la rodilla con todas sus fuerzas, dándole tal golpe en los testículos que el hombre lo acusó visiblemente.

—¡Zorra!

Leila saltó, apartándose de él justo cuando comenzó a sonar el teléfono.

—Es el federal que se impacienta.

Peter fue hacia la puerta mascullando:

—Volveré.

Antes de descolgar el teléfono que seguía sonando, la muchacha corrió a cerrar la puerta y a poner el cerrojo. Fue hacia el teléfono pero este dejó de sonar. Quien quiera que llamara se había cansado, lo que la dejó más intrigada aún. Allen Hunter no volvería aquella noche, había mentido para librarse de Peter y la jugada le había salido bien.

Pero, Leila deseaba volver a ver al federal. Después de la desagradable experiencia vivida con Peter, se daba cuenta de que deseaba la compañía de Allen Hunter, pero era posible que este ya no volviera a llamarla nunca y el apartamento comenzaría a parecerle solitario, demasiado solitario, y ya temía a las pesadillas nocturnas que estaba segura no la iban a abandonar.

CAPÍTULO VIII

Con aire cansado, Robert Hollister dejó el portafolios sobre la mesita de centro. Lo mismo Donna que su hermano Freddy le miraron con mucho interés.

—¿Está ahí el dinero? —preguntó la mujer.

—Sí, la solución ha sido el banco.

—¿Te lo han prestado todo? —inquirió, vivamente interesada.

—Sí.

—¿Tenías dinero en alguna cuenta?

—¡Basta ya! —cortó molesto el mago Hollister—. ¿Acaso he de soportar un interrogatorio?

Abrió el portafolios mostrando los fajos de billetes de distintos valores y luego volvió a cerrarlo.

—Robert, yo podía haberos dado cien mil.

—Gracias, Freddy. Sé que te van bien los negocios, pero esto es cosa nuestra, de Robert y mía —Donna se volcó entonces hacia su anciano marido—. Perdóname. Estaba segura de que lo darías todo con tal de agotar la última posibilidad.

—Sabes lo que pienso, Donna.

—No, no puedes pensar que Dennis está muerto, no puedes pensarlo. Si el secuestrador pide ese dinero es que está dispuesto a liberar al niño.

Robert Hollister no tuvo tiempo de responder dando su opinión. Miró el teléfono como si supiera que iba a sonar y así sucedió.

El timbrazo sobresaltó a Donna y a su hermano, pero no a él.

—La llamada que esperábamos.

—¡Déjame cogerlo a mí! —dijo la mujer, y antes de recibir una respuesta ya descolgaba el aparato—. ¿Sí?

—Señora Hollister, ¿tiene el dinero?

—¡Sí!

—Cuidado, si me hacen una putada, el ni no pagará por todo.

—Tengo el dinero, ¿no es eso lo que quiere? —preguntó Donna conteniendo su rabia y su indignación.

Al otro lado de la línea, el delincuente ordenó:

—Salga con el dinero, camine por la calle. ¿Irá usted o su marido?

—Iré yo —dijo, resuelta.

—No, Donna, iré yo —exigió Robert, pero su cuñado le puso una mano en el hombro para contenerle y que siguiera sentado donde estaba.

—Bien, señora Hollister, camine por la calle hasta encontrar un “sedan” amarillo del 82. No es muy nuevo pero funciona bien. La portezuela está abierta y las llaves, en el contacto. Suba y póngase en marcha, la estaré

vigilando. Si veo a un solo policía, el niño morirá.

Colgó el teléfono. Despacio, Donna Hollister hizo lo mismo. Miró a su marido y dijo:

—Tranquilo, daré el dinero y nos devolverán al pequeño.

Se puso el abrigo y tomó el portafolios con fuerza, como si fuera una tabla de salvación y ella estuviera en mitad de un naufragio.

—Suerte —le deseó su hermano Freddy.

—Donna —interpeló Robert Hollister. Cuando ella le miró, añadió con gravedad—: Ese tipo no tiene escrúpulos, no te arriesgues.

—Lo sé.

Sin aparente nerviosismo pero con todos los nervios de su cuerpo tensos como alambres, Donna Hollister salió a la calle y anduvo a lo largo de la acera. Apenas había coches estacionados, ya que era una urbanización muy residencial. Las farolas comenzaban a encenderse, la noche engullía la luz del sol.

La calle estaba desierta, no vio a nadie. Un perro ladró lejos de donde ella estaba. Descubrió el coche amarillo en la otra acera, por lo que cruzó la calzada y fue directa hacia él.

La portezuela se abrió sin impedimentos y tal como le habían indicado, las llaves estaban en el contacto. Se acomodó, puso el maletín en el asiento de al lado y dio un cuarto de vuelta a la llave de contacto. El motor funcionó sin vacilaciones, las ruedas comenzaron a girar sin que Donna Hollister supiera adonde debía dirigirse.

—Muy bien, señora Hollister —aprobó la voz masculina, distorsionada por alguna obturación nasal.

Preocupada, Donna miró el aparato de radio-cassette.

—¿Dónde está?

—No se preocupe, señora Hollister, la estoy siguiendo. He conectado un “walkie-talkie” con la radio del coche y por tanto a la antena, así que estaremos comunicados y en todo momento usted sabrá lo que tiene que hacer.

—¿Dónde está Dennis?

—No haga preguntas y obedezca.

—Si no oigo a Dennis, no sigo adelante y no hay dinero.

—No sea estúpida. ¿Quiere que lo mate?

La madre se estremeció.

—Si lo mata, lo pierde todo —dijo nerviosa mientras doblaba por una calle sin saber aún qué dirección debía seguir.

—Escuche, escuche...

Comenzó a oír unos gemidos y lloros y entre ellos:

—¡Mamá, mamá!

—¡Dennis, hijo! —gritó Donna acercando su rostro al radio-cassette en un gesto instintivo, como si tratara de encontrar a su hijo directamente.

Aquella ligera distracción hizo que el coche se le fuera y rozara otro

automóvil. Al darse cuenta, enderezó el coche y aceleró para que el propietario del vehículo rascado no le creara más problemas de los que ya tenía.

—Diríjase a la avenida Lincoln.

—¿Dónde tiene a mí hijo?

—Cállese o aquí se termina todo. El niño es más valioso que el dinero, pero si piensa lo contrario, pare el coche y lárguese.

Donna Hollister sintió feroces deseos de insultar a aquel canalla que le hablaba a través del emisor que había colocado en el coche. Tuvo que apretar los labios y seguir las indicaciones que le daban. Después de la avenida Lincoln se salió por la carretera Veintitrés y desde ella pasó a la autopista del Sur.

Donna no cesaba de vigilar los faros de los vehículos que circulaban tras ella, tratando de ver si en alguno de aquellos coches iba el secuestrador con el niño, por ello disminuía la velocidad y veía como los automóviles que la seguían, deseando circular más rápidos, la rebasaban con facilidad, y en ninguno de ellos veía lo que tanto deseaba.

De cuando en cuando, daba una mirada al portafolios conteniendo el medio millón de dólares que su marido había logrado reunir para rescatar al pequeño secuestrado.

La mujer hacía volar su imaginación desesperadamente. Estaba dispuesta a todo, incluso a matar, por recuperar a su cachorro. Su hijo era lo primero.

—Señora Hollister, cuando entre en el puente disminuya la velocidad, va muy aprisa.

—¡Si voy despacio! —replicó ella, acercando la voz al radio cassette donde suponía estaba el micrófono del “walkie-talkie” instalado allí por el supuesto secuestrador.

El puente de la autopista sobre el caudaloso río era largo. Donna Hollister tuvo la intuición de que allí iba a ocurrir algo.

—Deténgase a mitad del puente. En una viga verá un pañuelo amarillo, párese a su altura.

Los ojos de la mujer se esforzaron por descubrir el pañuelo amarillo. Al verlo, pisó el freno y no le fue difícil quedar junto a él, ya que había estado circulando a muy poca velocidad, como si el coche no le funcionara bien.

El puente estaba iluminado. Donna esperó ver algún coche que se detuviera delante o detrás de ella, más lo que vio fue como la tapa del maletero se levantaba y de ella salía un hombre con el rostro cubierto por un pasamontañas rojo que le ocultaba las facciones. En la mano llevaba una pistola y rápidamente se colocó junto a ella.

—¡El dinero!

—¡Mi hijo!

—Si el dinero está bien, cuando regrese a su casa encontrará al niño.

—¿Le ha hecho daño?

—No, ¿por qué habría de hacérselo? No soy un sádico, solo quiero el dinero. Aprisa, que viene un coche. Si no me voy a tiempo, no habrá niño vivo. ¡Rápido!

Por la ventanilla, le dio el maletín. Él se apresuró a abrirlo, vio los fajos de billetes y asintió.

—Está bien, al niño lo encontrará pronto.

El secuestrador se fue hacia la viga donde estaba el pañuelo. Abrió su "chupa" de piel y apareció un mosquetón en un amplio cinturón. Enganchó una cuerda y se lanzó al vacío. Abajo, en la oscuridad, aguardaba una lancha neumática negra.

Donna Hollister puso de nuevo el coche en marcha cuando dos coches llegaban tras ella. Temiendo algo desagradable, aceleró.

Uno de los coches se detuvo junto a la viga por la que había saltado del puente el secuestrador y el hombre que salió para ver lo que ocurría se apresuró a tomar el teléfono del coche y a dar órdenes. No tardó en aparecer un helicóptero en el cielo.

Donna Hollister apretó el acelerador, tenía verdaderas ansias de ver a su hijo, ella ya había pagado.

De pronto, una horrísona explosión y el fuego la envolvió.

El coche amarillo siguió rodando unos metros convertido en una bola de fuego. La bomba colocada en el maletero había estallado con la precisión exigida.

Donna Hollister no volvería a ver a su hijo jamás.

CAPÍTULO IX

El timbre musical sonó dentro de su mente, Leila no estuvo segura de si formaba parte de una pesadilla o en realidad sonaba dentro de su apartamento.

Sentía que su cuerpo se adelgazaba cada día más y sufría continuas jaquecas. No dormía bien, los sueños la torturaban. Era como si ella fuera dueña de un secreto que la dañaba, un secreto que conscientemente no lograba descifrar.

Temía a la noche, porque cuando su mente se sumía en el sueño profundo, era como si se deslizase por un tobogán en espiral que se adentraba en una sima insondable en la que voces y ruidos sonaban como de ultratumba.

Quería agarrarse a alguna parte para frenar aquella caída desesperante y nunca lo conseguía. Como salvación solo tenía un despertar súbito que la rescataba de la temible pesadilla.

Cuando los sueños se rompían una y otra vez, la noche se le hacía eterna y los párpados se convertían en plomo, párpados que ella no dejaba cerrarse durante el día.

El timbre musical insistió. Leila se incorporó en la cama dubitativa, insegura aún, pero unos golpes en la puerta ayudaron al timbre musical. Tomó la bata y fue hacia la puerta, puso la cadena y entreabrió con temor.

—¡Abre, Leila, soy Miriam!

—¿Miriam? ¿Qué pasa?

—Abre, por favor —pidió Miriam con apremio y un miedo que se le notaba agarrotando su garganta.

—¿Has venido sola?

—Sí, ¡abre, puñetas!

Leila quitó la cadenita de seguridad y franqueó la entrada a su amiga, aunque miró con recelo tras ella por si aparecía alguien al que Leila temía.

—¿Qué pasa, a qué viene esta visita a estas horas de la madrugada?

—Tienes que ayudarme, tienes que ayudarme.

—¿Yo? ¿Cómo, qué te ocurre?

—Peter, bueno, Peter...

—Sí, Peter tenía la llave que un día te dejé cuando tú no tenías apartamento, una llave que me dijiste no sabías donde estaba y que ya me la devolverías.

—Sí, sí, te la devolveré.

—No hace falta, ya he hecho cambiar la cerradura. Peter estuvo aquí para darme un susto.

—¿Peter aquí?

—Tu Peter es un cerdo. ¿Es que no te habías dado cuenta?

—Sí, sí, eso pienso yo, todo es culpa suya, todo, y ahora lo han atrapado.

—¿Atrapado?

—Sí, me he enterado por la radio. Lo han atrapado, pero él no es el culpable, créeme.

—No entiendo nada. Anda, siéntate en el sofá y explícate —buscó un paquete de cigarrillos, pero Miriam, al darse cuenta de ello, le dijo:

—No hace falta, ya fumaré de los míos.

En realidad, no se llevó a los labios un cigarrillo sino un "canuto" que ya tenía listo.

—Miriam, no me gusta la "hierba" en mi casa.

—Deja, deja, me haría falta tomar algo más fuerte, estoy que no me tengo, esto es solo un apaño. Si me atrapan, estoy perdida.

—¿Quién te va a atrapar?

—¿De veras no sabes nada?

—Si no me explicas sobre qué.

Aspiró con fuerza un par de chupadas antes de seguir hablando.

—Lo están diciendo las emisoras de radio y televisión, mañana saldrá en los periódicos, han cogido a Peter.

—Pero, ¿por qué?

—Como secuestrador de Dennis.

—¿El?

—No, no fue él. Solo quería dinero y ha intentado aprovecharse de la situación.

—¡Maldito hijo de perra! —Leila no pudo contener una exclamación de cólera.

—Fue cosa de Peter, yo no quería, te lo juro. Ya sabes, es violento y yo débil. Me hizo preguntas y tuve que darle respuestas, pero el dinero se lo llevaba él.

—¿De veras no tiene al niño?

—No, te lo juro, solo se aprovechaba de la situación. Es un canalla, pero no un secuestrador. La posibilidad de hacerse con medio millón de dólares le ha vuelto loco.

—Me temo que vas a tener que buscarte un abogado. Ese cerdo es capaz de acusarte con tal de no ir solo a la cárcel.

—Yo tenía unas cassettes que le había grabado al niño, tonterías, te juro que eran tonterías. Le pedía que llamase a su mamá y que riera, otras veces le hacía enfadar.

—Y tú le has dado esas cassettes a Peter y él las ha empleado para hacer creer a la familia Hollister que tenía al niño en su poder.

—Me temo que sí —aceptó Miriam mientras gemía sin dejar de chupar la marihuana.

—Me gustará ver a Peter en la cárcel, pero tú, tú eres una idiota.

—Siempre he sido una idiota —admitió Miriam—. He tenido varios empleos y los he perdido. Hubiera podido seguir cuidando del niño de los Hollister que pagaban bien, tú lo sabes, pero preferí a Peter y por eso te dije que tú podías suplirme. Maldita sea mi estampa.

—Los Hollister no te perdonarán nunca lo que les has hecho.

—Al diablo los Hollister, quien me da miedo es Peter. Si me acusa, estoy perdida.

—Estás perdida de todas maneras. Lo mejor que puedes hacer es buscar un abogado y que te aconseje.

—Lo mejor que puedo hacer es marcharme a México o al Brasil enseguida.

—Eso es asunto tuyo.

—Tienes que ayudarme, Leila, no tengo nada.

—¿Nada?

—Sí, nada. Los pocos dólares que tenía se los llevó Peter, dijo que volvería con el medio millón, le hacía falta dinero para no sé qué cosas, había de preparar un coche.

—Cállate, Miriam, no quiero saberlo, y no te voy a dar un dólar, primero porque apenas tengo nada, no me van bien las cosas por ahora.

—Algo tendrás para que pueda tomar el bus hacia la frontera. En México ya me las arreglaré, soy joven.

—Harás de prostituta yanqui, ¿no es eso?

—¡Me vuelves loca, Leila, loca!

—¡Deja de fumar eso!

De un manotazo, le arrancó el cigarro. Abrió la ventana y lo arrojó por ella.

—¿Qué haces, por qué me tratas así, es que no somos amigas? No tengo a nadie más a quién acudir.

—Haberlo pensado antes. Ese hijo de perra de Peter te ha metido en un buen lío y ahora tú me quieres meter a mí también en ese paquete. ¡Pues no!

—Él se adueñó de mí. Yo le quiero, Leila, tú no sabes lo que es estar colada por un hombre.

—Peter es un canalla.

Insúltale cuanto quieras, pero yo le amo.

—Le amas y estás temiendo que te denuncie como su cómplice.

—¿Quieres verme en la cárcel?

—Tú sola te has ido perdiendo.

Llamaron a la puerta y ambas se sobresaltaron. Miriam miró a Leila y en sus ojos ya había escasa fijeza.

—¿Esperas a alguien?

—No te esperaba ni a ti.

Ante la insistencia de la llamada, Leila se acercó a la puerta y preguntó:

—¿Quién es?

—Abra la puerta, agentes federales —respondieron claramente.

Leila desvió la mirada hacia su amiga para preguntarle sobre lo que debía hacer, pero Miriam ya corría hacia la ventana y estaba abriéndola.

—¡No, Miriam, no!

Se apartó de la puerta y, gritando, corrió hacia su amiga para intentar evitar el suicidio.

—¡No, Miriam, no!

Miriam se colaba ya por el hueco de la ventana. Leila la atrapó por los muslos abrazándose a ella para impedir que se lanzara al vacío de cabeza para destruir su vida contra el pavimento de la acera.

Mientras Leila luchaba por evitar que Miriam se arrojara a la calle, los agentes federales reventaban la puerta y acudían en su ayuda evitando la tragedia. Miriam quedó esposada y reducida.

—Dios mío, no la traten así —suplicó Leila.

—Usted también tendrá que responder a algunas preguntas ante el juez federal —le advirtió uno de los agentes.

—Ella no sabía lo que Peter iba a hacer.

—No se preocupe, ya confesará lo que sabía o no —le cortó una mujer agente federal.

—No sabe nada, está perdida.

—Sabemos más cosas de las que supone, Leila, los teníamos vigilados a todos.

—¿A mí también?

—Sí, y a ella especialmente. ¿Le ha contado que después de cobrar el dinero han puesto una bomba en el coche donde viajaba la señora Hollister?

—¿Una bomba?

—Sí, una bomba que ha matado a la señora Hollister. Su amiga Miriam no es ningún angelito. A su amigo lo hemos pescado en el río cuando pretendía huir con un bote neumático.

—Dios mío, una bomba... Pero, si ellos no tienen al niño.

—¿Está segura?

—Me lo acaba de jurar Miriam, ellos no lo tienen.

—¿Quién lo tiene entonces?

—No lo sé. Ella me ha dicho que tenía unas cassettes grabadas con la voz del niño y que las han aprovechado para tratar de sacar dinero.

—¿Seguro que usted no tiene parte en todo esto?

—¿Yo? Ha venido a pedirme que la ayudara a escapar y lo único que he hecho es evitar que se tire por la ventana.

—De todos modos, tendrá que hacer una declaración. No olvide que el caso no está resuelto y todavía estamos buscando a ese niño que se suponía usted debía cuidar.

—No me lo recuerde, no me lo recuerde que no puedo dormir.

Por la puerta, entrando apresuradamente, apareció el federal alto y

rubio preguntando:

—¿Cómo estás, Leila?

—Bien, mal, no sé.

La agente miró de reojo a su compañero de fatigas. Notó el vivo interés que el joven Hunter tenía por Leila.

—Puedes comenzar a tomarle una primera declaración —le dijo la agente que parecía tener una categoría superior a la de Allen Hunter.

—De acuerdo.

—¡Allen, han matado a la señora Hollister!

—Sí, han activado una bomba después de que ella ha pagado el rescate. El coche era robado y al parecer trucado, con una radio que teníamos localizada. Les seguíamos a distancia, pero no hemos podido evitar que la bomba estallara. Nadie sospechó que ese asesino fuera a llegar tan lejos con tal de borrar las huellas de su extorsión. Teníamos controlado el teléfono de los Hollister, ya te dije que no habíamos cerrado el caso, seguíamos en él aunque no tan a la vista. Ese canalla se confió y le hemos capturado, lo malo es que no hemos podido evitar la muerte de la señora Hollister.

—Y tampoco habéis rescatado al niño. Ellos no lo tienen.

—¿Estás segura? Todavía no han interrogado a fondo a ese Peter que al final hablará, otros lo han hecho, después de días de interrogatorio se derrumban. Sobre su cabeza ya tiene el cargo de asesinato con premeditación, dolo e intención de lucro, aunque en el maletín solo se llevaba unos pocos billetes sin que lo supiera. Robert Hollister preparó unos fajos falsos.

—Allen, tengo miedo, mucho miedo y frío... —gimió Leila.

—La ventana está abierta y estamos en invierno —dijo él, cerrando la ventana por la que intentara suicidarse Miriam.

—Allen...

—¿Qué?

—¿Cuántas horas faltan para que salga el sol?

El joven federal miró su reloj y respondió:

—Cinco y media.

—Creo que no lo resistiré.

—Vente conmigo, te llevaré a un médico para que te dé un tranquilizante, creo que lo estás necesitando.

—Si te quedas tú aquí no me hará falta ningún médico, lo que no voy a poder soportar es quedarme sola.

—Bien, haré una llamada por teléfono y me quedaré contigo. Dúchate con agua caliente y luego métete en la cama, será lo mejor.

Leila, obediente, se metió en la ducha.

Cuando su cuerpo recuperó la temperatura, se envolvió en una toalla y regresó a la cama, acostándose. Allen Hunter cogió una butaca y la puso junto a la cama.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó la joven mirándole a los ojos.

El hombre la tomó de la mano y dijo sencillamente:
—Velar tu sueño. Duerme, tus ojos gritan sed de sueño.

CAPÍTULO X

Cuando Leila pulsó el timbre de la casa de Hollister, tuvo la impresión de que despertaba de una pesadilla de la que nada recordaba. Se vio cómo una estúpida frente a aquella puerta de gran calidad, pintada en color marrón veteado.

—Dios mío, ¿qué hago aquí? ¿Qué explicación voy a dar ahora? Ojalá no esté o no haya oído el timbre...

La propia Leila no entendía por qué estaba allí, de noche, cuando una suave agua nieve caía sobre los grandes y bien unidos parterres que rodeaban las casas allí construidas.

Apenas daba la vuelta, como para huir sigilosamente, cuando se abrió la puerta. Una lámpara en el techo la iluminaba y los árboles y setos quedaban demasiado lejos como para pensar en poder ocultarse tras ellos.

—Buenas noches, Leila, te esperaba —dijo el mago Hollister que acababa de aparecer en el umbral, protegido por una gruesa bata de lana de color rojo oscuro, ribeteada en negro con largas solapas del mismo color.

—Ah, creí que no estaba y ya me iba —dijo la muchacha tratando de salir airosa de una situación que se le antojaba estúpida e incomprensible a la vez.

—Pasa, pasa, terminará por nevar fuerte y cuajará, verás cómo al amanecer todo está blanco.

Quiso resistirse a la invitación, pero no lo consiguió. Aquel anciano la dominaba.

Entró en la casa y dentro de ella notó un silencio impresionante, un silencio que otro no hubiera notado como ella.

Recordó que cuando llegó allí la primera noche llovía finamente y estaba esperándola la señora Hollister que ya estaba muerta, calcinada. Dennis, el niño al que había ido a cuidar, tampoco estaba, solo trataba de llenar la casa el mago Hollister.

Le miró al rostro y le vio más envejecido. Lo que le estaba sucediendo le apagaba dolorosamente, le vencía. El, que parecía tener poderes fuera de lo común, no era capaz de hallar solución a toda aquella tragedia que se cebaba sobre su familia.

—Anda, no tengas miedo. Ven al sofá, tomarás algo.

—Gracias, pero no tengo sed. Creo, creo que soy inoportuna.

—Todo lo contrario, te estaba esperando.

Se sentó despacio, como temerosa de hacer ruido. No cesaba de mirar al mago, le temía, le sabía dominante tras su apariencia pacífica y casi venerable. Cualquiera, al verle en la calle o en el vestíbulo de un hotel, le tomaría por un artista ya anciano, un artista que había alcanzado la fama y

también la serenidad.

—¿Te has dado cuenta de que estás temblando? —le preguntó, tendiéndole una copa que parecía de plata.

Su contenido despedía una fragancia agradable que no supo definir. La tranquilizó al sorberlo y notó que no estaba frío.

—¿Cómo sabía que yo iba a venir?

—Yo sé muchas cosas, Leila, aunque no todas las que desearía. Tú sabes que soy mago, pero sobre esto, la gente en general no tiene una idea muy clara. Hay quién cree que mago es el que hace trucos de magia en un escenario, ya sabes, adivinar cartas o cortar a una bellísima mujer por la mitad, hombres que supuestamente adivinan lo que los espectadores piensan.

—¿Usted no subió a los escenarios?

—Alguna vez, todos cometemos errores en la vida. Hay otros personajes que son falsamente magos y que se llaman así porque ellos lo desean y viven de decir tonterías por televisión, las emisoras de radio o en revistas de gran tiraje.

—Usted no hace eso, ¿verdad?

—No. Los verdaderos magos no hacen declaraciones estúpidas ni vaticinios a diestro y siniestro para ver si aciertan alguna vez, esperando que los errores pasen desapercibidos y sean olvidados. En cambio, se apresuran a resaltar los aciertos que, después de todo, con información y lógica, cualquier persona medianamente inteligente puede conseguir.

—¿Quiere decirme que usted es distinto, que es un mago auténtico? —inquirió en voz baja, como temiendo molestarle con su pregunta.

—Digamos que hay mucha gente que sabe de mí, que me conoce y me consulta. Yo no me anuncio en ninguna parte, no me hace falta. Me llaman no solo de nuestro país sino de otros países. He sido útil a mucha gente con mi magia y muchas veces he pensado que ya debía retirarme a un lugar solitario. Tenía muchas esperanzas en mi hijo. Sabía que era un niño especial que me sucedería en el mundo de la magia.

—¿Blanca?

—Sí, blanca, aunque en ocasiones las circunstancias hacen que crucemos la frontera entre la blanca y la negra. Un gran escritor como fue Stevenson dejó claro que todos llevamos dentro un hombre bueno y un hombre malo y los magos somos humanos. No me gusta sumergirme en la temible magia negra, es muy peligroso hacerlo, porque uno llega a creerse tan poderoso como el mismísimo Satanás, lo que significa ser superior a cualquier hombre, como un semidiós, y el poder aturde y llega a envilecer los espíritus más sanos. Sí, conozco muchas fórmulas e invocaciones de magia negra. He tenido que luchar contra la magia negra que otros han hecho en no pocas ocasiones.

—¿Me está diciendo que ahora está dispuesto a hacer magia negra con tal de encontrar a su hijo?

La pregunta de Leila estaba llena de duda y temor. El anciano sonrió levemente y tomando la botella que parecía de metal, escanció más bebida en la copa que Leila seguía reteniendo entre sus dedos.

—Te voy a ser franco. La primera vez que te vi te conduje a mí sala privada de consulta y allí exploré tu mente.

—¿Cómo, cómo debo tomarlo? —preguntó la joven sin saber qué decir.

—Supe enseguida que tú no eras culpable de nada sino una víctima más. Había observado que Miriam, en los últimos tiempos, era más huidiza, más mentirosa, y me pareció bien que dejara su puesto a una muchacha nueva. Luego, te utilicé para unas invocaciones.

—¿Me utilizó?

—Sí, estabas hipnotizada, no puedes recordarlo, o acaso lo hayas recordado como si fueran pesadillas.

—¿Qué me hizo?

—Eres hipersensible. No solo tienes un grado de hiperestesia superior al normal de los mortales sino que también posees otras dotes que tú misma ignoras.

—¿Dotes de esas que llaman paranormales?

—Más o menos. Puedes ser una médium importante.

—Yo no quiero participar en esas experiencias, no quiero que me utilice como médium ni como nada. Debo marchar, es muy tarde, ni siquiera sé por qué he venido.

—Has venido porque yo te he llamado.

—Yo no recuerdo...

—No recuerdas, pero yo te he llamado mentalmente y ahora no te irás de esta casa hasta que yo te deje.

—Sí que me iré.

Como un desafío, el anciano sonrió y le pidió:

—Inténtalo.

La joven se levantó y volvió a sentarse. Se levantó de nuevo y una fuerza que ella no controlaba la obligó a sentarse otra vez.

—¿Qué está haciendo conmigo? —inquirió muy asustada.

—Te pido que me ayudes a encontrar a mí hijo. Su espíritu ya ha estado en tu cuerpo, ahora no tengo dudas.

—No quiero saber nada de magia ni brujería, se lo suplico, déjeme ir.

Los labios le temblaron, era la gacela acosada y acorralada que miraba suplicante al cazador que le apuntaba con su escopeta.

CAPÍTULO XI

—Cuando invoqué el espíritu de mi hijo para que me revelara el lugar donde se hallaba, tuve un éxito a medias —comenzó a explicar el mago Hollister mientras Leila le escuchaba sin aparente nerviosismo—. Tú fuiste la médium y él habló por tu boca, pero faltaba algo. He estado reflexionando mucho sobre aquella noche de invocación en el monte Aserso, un lugar especial donde confluyen fuerzas positivas de las cuales ahora no voy a hablarte, y he llegado a la conclusión de que para saber algo más de Dennis, de mi hijo, tú, la médium, no debes ser hipnotizada. Quiero que me ayudes, pero sin que yo utilice el hipnotismo contigo. Tu mente ha de ser libre.

—No podré, yo no sé hacer nada de esto, nada —rebatió sin demasiada fuerza.

—No te preocupes, yo te indicaré. Tú solo debes concentrarte y desear que su espíritu ingenuo y puro acuda a tu cuerpo y se manifieste. No te pido nada para mí, Leila, solo te suplico que me ayudes a encontrar a Dennis. ¿Aceptas?

Quedó pensativa, en silencio. Al fin, rompió ese silencio para preguntar con cierto temor:

—Si el espíritu del niño entra en mí cuerpo ¿dejaré de ser yo misma?

—No —respondió sin vacilaciones—. Tú albergarás dentro de ti los dos espíritus, pero tu espíritu estará libre, no sometido a mí voluntad como ocurrió en el monte Aserso, por lo que yo ahora te pido disculpas. Además, si lo conseguimos, el espíritu del niño solo pasará por dentro de ti un espacio de tiempo breve, unos minutos, quizás una hora, quizás al amanecer te abandone, pero solo así sabremos la verdad sobre él.

—Está bien. Creo que me voy a hundir en un mundo oscuro y satánico al que tengo miedo, pero lo hago por el pequeño Dennis.

El mago Hollister la tomó de la mano y la llevó hacia la escalera, conduciéndola hasta una puerta cerrada.

Aquella era la segunda puerta que Leila no había podido abrir, una puerta que el mago Hollister abrió con una llave especial que tenía la forma de una cruz de Caravaca.

Un olor fuerte que no era incienso, pero que tampoco supo identificar, la envolvió rápidamente. Sabía que entraba en un lugar distinto, diferente a todo lo conocido por ella. Aquel debía ser el pequeño santuario del mago.

Subieron por una escalera iluminados por velas de cera aromatizada que el mago Hollister encendía en su avance, allí no había electricidad.

El pequeño santuario estaba situado en el desván de la casa. Todo allí era fantasmagórico. Leila notó que el estómago se le apretaba a sustos, que

el diafragma se le contraía.

—No temas, son figuras de cera —le dijo el mago Hollister refiriéndose a las figuras de hombres y mujeres que estaban en el desván como esperando algo, vestidos de diferentes maneras. No eran seres con rostros apacibles, todos reflejaban angustia.

—Ningún mal va a sucederte, nada malo te voy a hacer, no estás hipnotizada. —Le señaló como una gran urna de piedra cerrada solo en su mitad—. Deberás desnudarte y entrar en esa urna para purificarte.

—¿Purificarme?

—Sí, has de limpiar todo tu cuerpo de energías negativas. No temas, no pasarás frío, y una vez lavada te pondrás una túnica de lino. Serás una sacerdotisa-médium en la invocación que vamos a llevar a cabo.

Leila volvió a dudar. Tenía mucho miedo y sabía que con miedo no conseguiría lo que el mago Hollister se había propuesto: Atraer el espíritu del niño.

Asintió al fin y se desnudó.

Hollister se alejó discretamente para encender más luces e iluminar mejor aquel pequeño santuario secreto de la magia donde la frontera de lo posible e imposible se difuminaba lo mismo que la del bien y el mal.

Como la virgen que sube al tálamo nupcial dispuesta a aceptar su destino de amor, Leila subió al pedestal de la urna de piedra natural y notó una sensación de frío en las plantas de sus pies. Aquella piedra quizás tuviera una comunicación directa con la tierra bajo los cimientos de la casa para que la energía escapara por ella.

—Eres la médium más hermosa que he visto jamás —opinó el mago. Se había vestido con un sayo negro que le cubría hasta los pies y portaba un incensario.

Un humo que no era de incienso envolvió a Leila casi aturdiéndola. Notó que su cuerpo se templaba y semejaba aligerarse de peso, se sintió más libre. Las plantas desnudas de sus pies filtraron la energía negativa que podía llevar su cuerpo y que fue succionada por la base de la urna que medio la envolvía como si fuera una diosa.

—Ya estás purificada. Ahora, ponte la túnica de lino y ven al obrador.

El obrador se hallaba frente a una silla, casi un trono, en el que el mago Hollister la invitó a sentarse.

—Todos los casos no son iguales, hay espíritus más rebeldes que otros, como también hay espíritus que no pueden acudir porque están sujetos, atrapados por cadenas y grillos invisibles, pero el pequeño Dennis ya estuvo en ti y conoce el camino. Esta vez no iremos al monte Aserso, tú eres ya un cuerpo puro preparado para recibir el espíritu del niño. Cuando yo haga las invocaciones, tú piensa en Dennis y pídele que acuda a ti. Dile que deseas ayudarle, pídeselo con gran interés.

Leila, ya dispuesta a seguir con la ceremonia de búsqueda del espíritu de Dennis, se sentó en la silla trono y aguardó. Vio como el mago Hollister

colocaba un aro de plata sobre la mesa de obrador y dentro del brillante aro, un viejísimo libro de hojas de piel de cabritilla con un texto que ella jamás hubiera podido descifrar y que el mago comenzó a leer en forma salmodial.

De cuando en cuando, alzaba la voz para pronunciar palabras que la joven no entendía, pero comprendió que debía ya comenzar a llamar al pequeño Dennis porque el mago estaba haciendo sus invocaciones, apelando a poderes que jamás le revelaría.

"Dennis, ven a mí cuerpo. Quiero ayudarte", repetía mentalmente, y se imaginaba al niño que recordaba con toda claridad.

La ceremonia se prolongó. El mago Hollister seguía salmodiando cuanto leía dentro de aquel libro antiquísimo, protegido de influencias negativas por el aro de plata.

Leila comenzó a notar tensión en su cuerpo, un profundo cansancio, como si estuviera ascendiendo a una cima empinadísima. Se le hinchaban las venas de las sienes.

—¡Papá, papá! —gritó Leila de pronto con una voz de niño.

El mago dejó de leer y los ojos se le iluminaron. Estaba consiguiendo lo que deseaba.

—¡Dennis! ¿Estás ahí?

—¡Papá, ayúdame!

—Sí, hijo, te voy a ayudar. Siempre pensé que debía guardar trocitos de tus uñas, de tus cabellos...

De un gran bote, tomó una porción de masa de cera modelable en la que mezcló lo que guardaba de su hijo y luego comenzó a modelar un muñeco, un pequeño muñeco que sin duda representaba a un niño.

Tomó un afiladísimo cuchillo, se abrió una vena de la muñeca izquierda e hizo que su sangre goteara sobre el muñeco mientras musitaba:

—Yo te di la vida y renuevo tu sangre que siendo mía es tuya, hijo mío.

Leila se había levantado de la butaca para acercarse a la mesa obrador. Con una mirada que no era la suya habitual, tomó el afilado cuchillo manchado todavía con la sangre del mago Hollister y alzándolo, hizo que el filo descendiera con firmeza sobre el muñeco. De un tajo, le separó la cabeza del cuerpo. El mago se la quedó mirando con interrogación.

—Papá, júntame. Tengo miedo, papá, júntame, papá, júntame...

La mirada del mago Hollister pasó del rostro de Leila que le hablaba con voz de niño al muñeco decapitado. Quedó como reflexionando sobre lo que acababa de suceder y asintió:

—Sí, hijo, sí, pero ayúdame.

Leila clavó el cuchillo sobre la mesa y se apartó de ella para dirigirse a la escalera por entre las figuras de cera iluminadas por las velas. El mago la siguió en silencio.

La joven descendió con seguridad. Recorrió el pasillo y se dirigió hacia la otra escalera que bajaba a la sala en cuya chimenea ardían los leños. Anduvo luego hacia la cocina, llevando siempre detrás al mago Hollister.

Leila no tuvo dudas en encararse con el arcón congelador cuya tapa levantó. Era un arcón de gran capacidad en el que había almacenados alimentos para que la familia comiera un par de meses.

Como si no sintiera el frío, la muchacha comenzó a coger con sus manos los paquetes congelados que había en el interior del arcón y los arrojó fuera de este hasta que pareció llegar al fondo.

Robert Hollister no decía nada, se limitaba a observar cómo los alimentos congelados se esparcían por el suelo de la cocina despidiendo helor en su entorno hasta que Leila tomó un paquete envuelto en plástico blanco y se lo entregó al mago.

—Toma, papá —dijo con la voz de Dennis.

El anciano fue abriendo la bolsa de plástico blanco hasta descubrir el cuerpo de su hijo, congelado a menos de veinticinco grados bajo cero.

—Dennis, hijo, lo sabía, lo sabía... Tu madre murió sin querer creerlo...

El cuerpo del niño estaba descabezado limpiamente, como si lo hubieran decapitado de un solo tajo. Aquella visión atroz no impidió que el anciano abrazara aquel cuerpecillo sin cabeza, totalmente congelado y que en los bajos del arcón frigorífico había pasado desapercibido. Nadie había sabido encontrarlo en aquel lugar tan insospechado.

CAPÍTULO XII

Leila conducía el poderoso coche de los Hollister como alucinada. A su lado, el mago viajaba en silencio. Ambos iban vestidos como en la ceremonia de invocación, ella con la túnica de lino y él con el sayo negro hasta los pies. El anciano parecía mucho más viejo y sus ojos, más hundidos de lo normal.

Los faros del poderoso coche barrían el asfalto de la autopista como enloquecidos. Cruzaron el Hudson River por el puente de George Washington y se introdujeron en Manhattan. Leila conducía como si conociera bien las avenidas y calles cuando jamás antes había estado en Manhattan.

No se detuvieron hasta llegar ante un pequeño rascacielos de apartamentos en la calle 72.

Leila aparcó casi subiendo el coche en la acera. Se apearon para dirigirse a la puerta principal de aquel edificio de alto standing, apto para profesionales de economías medio altas que preferían vivir en pleno Manhattan y no tener que desplazarse cada día fuera de la gran isla.

Un guarda de seguridad vigilaba en el vestíbulo. El mago llamó a los cristales y el vigilante se acercó con recelo. A través de un interfono, preguntó:

—¿Qué quieren? Ustedes no viven aquí, ¿verdad?

—Vamos al apartamento de Freddy Logan. Soy Robert Hollister, pariente suyo, y ella es mi ahijada que me acompaña.

—Un momento.

El guarda hizo una comprobación mediante un pequeño ordenador. En pantalla apareció un número y marcó este en el teléfono.

—¿Sí? —preguntó una voz somnolienta.

—Disculpe, señor Logan, soy el vigilante de noche. Hay un anciano que dice llamarse Hollister que quiere verle. Va acompañado de una señorita.

—Sí, claro, es mi cuñado, que suba.

El guarda colgó el teléfono y se acercó a la puerta para franquear la entrada a los intempestivos visitantes. Les condujo a uno de los ascensores.

—Piso dieciocho, puerta “N”.

Sin decir palabra, subieron en el ascensor que les elevó rápidamente hasta el piso dieciocho. Allí se detuvo. Avanzaron por el corredor hasta encontrar la puerta “N”. El mago pulsó el botón del llamador. La puerta se abrió y apareció Freddy Logan, el halcón de Wall Street como comenzaba a llamársele. Se cubría con una gruesa bata y les miró a través de sus gafas.

—¿A qué se debe esta visita tan inesperada?

Entraron en el apartamento y Freddy cerró la puerta. Leila iba en silencio. Se acercó al gran ventanal desde el que se veía parte del Hudson River y millares de lucecitas.

—Vives muy bien, Freddy. Los negocios en Wall Street te van de maravilla, debes acertar cada vez en tus decisiones.

—Pues sí, no puedo quejarme. ¿Queréis tomar algo?

Hollister, que había paseado su mirada por el lujoso apartamento, se encaró con su joven cuñado y con mucha gravedad le dijo:

—Decías no creer en magias, en conjuros ni invocaciones, pero a escondidas hurgabas en mis libros, en los de magia blanca y también en los satánicos. Tenías la complicidad de Donna a la que engañaste sin que ella se diera cuenta.

—¿Qué dices, te has vuelto loco? Primero el secuestro del niño y luego el asesinato de Donna... En fin, sería mejor que visitaras a un psiquiatra y además, ¿para qué te has traído a la chica canguro?

El mago tenía más cosas que decir antes de dar respuesta a las preguntas de su cuñado.

—Buscaste en el libro de conjuros e invocaciones. Necesitabas encontrar algún medio que te ayudara a conocer cuál era la decisión que más te convenía en cada momento, y lo encontraste. Sí, encontraste la práctica de la cabeza del niño parlante, niño cuyo espíritu quedaba sometido para ser utilizado. Su espíritu conoce el futuro inmediato por poseer la dimensión del tiempo.

—¿Qué estupideces estás diciendo? Sabes que todo eso de las magias me revienta —se preparó un largo trago de *whisky* para él que bebió muy sediento.

—No todas las cabezas de niños decapitados sirven para estas horrendas prácticas de necromancia. Imagino que lo probaste con otras criaturas inocentes hasta que pensaste que nadie mejor que el hijo de un mago para servir a tus fines y decidiste hacerte con la cabeza de Dennis para sujetar su espíritu y que te fuera dictando las decisiones que debías tomar cuando le consultabas. Maldito, maldito el día que entraste en mi casa. Seguiste fielmente las prácticas de los necrománticos asirios, estrangulaste a mí hijo, le cortaste la cabeza y la embalsamaste. Dispusiste luego una lámina de oro donde grabaste el nombre de Baal-Faras, el dios del mal al que dedicaste la muerte de la criatura.

—¡Estás loco!

—¿Loco? —Se volvió hacia Leila—: ¡Busca tu cabeza, hijo mío, búscala!

Freddy Logan quedó alucinado al ver la forma en que el mago Hollister hablaba a Leila. La joven se acercó a la gran estantería repleta de libros y sin dificultad tomó entre sus dedos el lomo de un libro. Haló de él y cuando ya casi estaba fuera de la librería, le dio media vuelta y volvió a introducirlo. Luego, haló de la estantería y esta giró sobre un eje

apartándose de la pared y dejando al descubierto un hueco que semejaba un armario secreto.

Allí había un estante a modo de altar y sobre una plancha de fino oro estaba la cabeza del pequeño Dennis con los ojos cerrados y sin corromper. A ambos lados, dos candelabros de una vela, ahora apagadas.

—No, no, yo no... —vaciló Freddy tambaleante, apartándose del mago Hollister.

—¿No decías que no sabías nada de mi hijo?

Canalla, y alentando a tu hermana cuando tú eras el asesino.

—¡Yo no sabía nada!

—Papá, júntame —suplicó el niño hablando por boca de Leila.

De un bolsillo, el mago sacó un muñequito de cera burdo y muy simple que mostró a Freddy.

—Este eres tú. Guardaba cabellos tuyos, siempre tomo precauciones. No me gusta la magia negra, sabes que no me gusta, pero ahora siento unos imperiosos deseos de venganza. Tú lo comprendes, ¿verdad, Freddy?

—No, Robert, no... ¿Qué es lo que te propones? —inquirió muy asustado.

—Leila, grita, grita muy fuerte.

La joven comenzó a gritar y a gritar, tan fuerte que el grueso cristal del ventanal estalló haciendo volar sus pedazos y dejando el gran hueco al descubierto. Al otro lado, la noche del gran hormiguero que era Manhattan.

—¡Es tu muñeco, Freddy, cógelo!

Hollister lanzó el muñeco hacia el hueco del ventanal y Freddy corrió tras él tratando de alcanzarlo.

—¡Nooo! —gritó queriendo cogerlo antes de que cayera al vacío; más Freddy Logan tenía que desaparecer por el hueco del ventanal porque así lo deseaba el mago Hollister y así sucedió.

Leila, dueña totalmente de su propio cuerpo, miró a Hollister que parecía impasible y luego volvió el rostro hacia la cabeza del niño colocada en la bandeja de oro. Descubrió que los ojos antes cerrados ahora estaban abiertos. Se encontró con ellos y le pareció que sonreían antes de que comenzaran a vidriarse.

F I N



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 100 Pts